

ROMANCERO SERRANO



JOSÉ ANTONIO CASTILLO RODRÍGUEZ

EDITORIAL LA SERRANÍA
Alcalá del Valle 2015

© José Antonio Castillo Rodríguez

© Editorial La Serranía, S. L.
C/ Ronda, 27 • 11693 Alcalá del Valle (Cádiz)
Tfno.: 661 84 97 31
editorial@laserrania.org • www.laserrania.org

Dirección editorial:
José Manuel Dorado Rueda

Ilustraciones:
Del autor

Maquetación:
Francisco Siles Guerrero

Diseño de cubierta:
Álvaro Sedeño Márquez

Primera edición: abril de 2015

Depósito Legal: CA 156-2015

ISBN: 978-84-15030-90-4

Impreso en Andalucía

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo y por escrito de Editorial La Serranía, S. L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*¿Por do pasará la sierra,
gentil serrana morena...?*

(GIL VICENTE. Cancionero Español)

ÍNDICE

PRÓLOGO, por Antonio Mandly	9
INTRODUCCIÓN.....	15
Romance de la Fuenfría (el último bandolero).....	23
La aguadora de azanaque	33
Romance del hortelano	41
Romance de los corcheros.....	51
Romance del arriero	61
Romance de los molinos.....	71
Antonia, la de La Cancha.....	81
La matanza.....	95
María, la malmaridada	107
La Leyenda de la Rosa	119
El hombre del cine.....	129
El ángel del Puente Nuevo.....	137
Muerte de don Alonso de Aguilar.....	145
Ronda.....	155
Romance de La Maestranza	165
La canción de la montaña.....	173

PRÓLOGO

*Por la herida de un recuerdo
sube mi canción al viento.*

(Emilio Prados. “Transfiguración en la noche”)

El Romancero Serrano podría ser un catálogo de la vida pasada en la Serranía de Ronda, de los oficios, labores y ciclos del campo, de las estaciones y sus luces diversas, de las ásperas montañas y su misterio, de las aguas interminables, de los vientos sin fin, y desde luego un modelo del bien hacer en cuanto a sus formas literarias, pulsadas con excelente ritmo, pasión e intención. Aún es mucho más porque sitúa con precisión el contexto social y cultural que toca y –lo que no es menos importante– porque nos habla desde dentro de la lengua y los juegos del lenguaje que hacen vivir la Serranía.

Pepe Castillo dispone por su formación científica de geógrafo de una adecuadísima caja de herramientas para enseñarnos con rigor la Serranía. Ha tenido el acierto de elegir la mejor, la más antigua y común a lo largo de la historia, este lenguaje del pueblo criado con paciencias y cariño como los grandes árboles, macerado generación a generación a través de sus usos, una herramienta por desgracia en vías de extinción, porque sus usos se han perdido.

Así las lenguas son cada vez menos vivas, porque no se hacen desde dentro de ellas, sino que nos las hacen desde fuera, desde fuera del control de los hablantes, mirando por encima del hombro el uso de las tecnologías integradas en los valores socioculturales de la comunidad.

En sociedades pretecnológicas como las que *abren la corcha (de los chaparros) y la abaten / sobre jaras y lentiscos* nos muestra el “Romance de los corcheros” cómo las enseñanzas se transmiten mediante un hacer que es un decir, un decir que es un hacer *Duro, continuo, sin pausa, / difícil y repetido (...). Nadie como ellos conoce/ los ocultos entresijos/de las sendas y cordales/de la Sierra. No hay camino (...). Las colleras se disponen, / la escala alcanza el bornizo (...). Por las laderas se escuchan / los golpes como latidos. (...) Ya acuden los arrieros / con sus robustos equinos (...) dando continuos viajes / con el sudor derretido (...). Ya van cargando la corcha / en los andoques, sencillo / artilugio que sostiene / palos de hierro fundido. / Otros lo hacen a tercio, / uso que sólo un perito / en cargar bestias consigue / tras esfuerzos inauditos.*

Aparejar un mulo para la carga es un saber común de las gentes de la arriería, que empieza por llamar a las cosas por su nombre en un ritual de cal y candela en la más remota madrugada, un saber que Pepe Castillo revive en el “Romance del arriero” a través de una secuencia increíble que recorre a veces al paso, a veces al trote, los lugares de la memoria.

Así, *Comienza con el mantillo / y el albardón que es la pieza / que va con la pegadura, / ataharre, y a la vera / el cabezal y la enjalma; / luego el ropón, una tela/ de basta sarga de Burgos. / La sobrenjalma es cimera / de todas aquellas ropas, / y el cincho es una loneta / o cuero con una hebilla / que el aparejo sujeta. / Queda la jáquima. Antonio, / con suma delicadeza, / la coloca, y acaricia / las crines y la cabeza (...).*

–*Arre, Liviana, que estamos / viendo ya Sierra Bermeja! / (...)*
–*Arre, mulas, que está el sol / encerrando a las estrellas!*

El economista Karl Polanyi (1944) en *The Great transformation. The political and economic origins of our time*, mostró cómo en las sociedades pretecnológicas aunque haya mercadeo, el mercado está incrustado en la estructura social y los ritmos los marcan el sol y los ciclos agrícolas. En ellas lo bueno es indisociable de lo hermoso: –*Espuma del mar os traigo, / espumita salinera, / y olas blancas de Alborán / encerradas en mi cesta! (...)* *¡Jureles como la plata / y sardinas marfileñas!*

Polanyi analizó la *desincrustación de la esfera económica*, proceso que relacionó con los cerramientos de tierras (ocurridos en Inglaterra entre los siglos XVII y XIX), que privaron a los campesinos del acceso a las tierras comunales y eliminaron cualquier posibilidad de subsistencia que no fuese el traslado a las ciudades para vender a pedazos su fuerza de vida o *dynamis* de la que habló Marx, que es mucho más –*Los campos les dan alfombras*– que su fuerza de trabajo. Ésta, a su vez, se intercambia en salario, salario que se intercambia en objetos de representación, y el todo, en fin en subsistencia, en un proceso que convirtió en subsistencia el conjunto de la existencia. De esto sabemos mucho en la Serranía por la investigación de historiadores y geógrafos como el propio Pepe Castillo y por analistas del *milagro turístico* ya en la segunda mitad del siglo XX. El milagro turístico y luego el progreso tecnológico hacen ¡crecer! Y así crece el léxico porque la sociedad, la civilización tiene muchas novedades –que vender–. Crece, pero fuera del control de los hablantes, en *resorts* y *country clubs* como el Atalaya Park de Estepona, levantados por emigrantes de la Serranía de Ronda en ese mundo libre de la Costa del que –aun curiosamente– se habla. *Holding, cash flow, bull market, dialers, colcap*, desregulación, muestran cómo la lengua no la hacemos ya los hablantes: la hace el poder.

Tú sientes que no estás. No eres lenguaje, nos dejó dicho Emilio Prados en su “Cita sin Límites” –*Obras completas*, II, 1976, pág. 1019–.

Pepe Castillo, por el contrario, no sólo siente que está, sino que a través de la memoria honda nos invita a estar allí, al otro lado a las vertientes del Guadiaro a mediados de los años cuarenta del pasado siglo, para reconocer los haceres silenciados de una mujer, “Antonia de La Cancha”, en un cortijo de la Sierra: *Tendríaís que oler los aromas / del pan recién horneado / que Antonia bajo unas mantas / va en la panera tapando*.

Y las aladas palabras del Romancero nos estremecen en el relato que congela el tiempo en “El ángel del Puente Nuevo” (...) *que sigue buscando / las alas que ya perdiera*, y acaba llevándonos al huerto definitivamente en el “Romance del hortelano”, que dedica con toda justicia a María Luisa Gómez Moreno: *Los bancales como islas / en medio de la montaña / (...) las minúsculas terrazas / con geométricas paredes / dispuestas a pico y pala. (...) ¡Sierra difícil que fuera / por el sudor conquistada / a la dura orografía / de esta selva ensortijada!* Y sobre todo, esta metáfora magnífica: *El monte cierra sus puños / sobre las pétreas barrancas*.

El “viejo rito” de la palabra “se consagra” en el huerto, primero como agricultura y luego como cultura y escritura, pero antes que nada era la palabra, palabra cantada de los marinos mediterráneos que hace tres mil años nos mostraron que sólo un medio había para librarse del canto mortal que hacen las sirenas, y era cantarlo del revés, o que el hombre es nadie cuando desconoce su origen y su destino.

ANTONIO MANDLY
Grupo de Investigación Etnomedia
Universidad de Málaga

INTRODUCCIÓN

Es el romance una estrofa que escenifica parte de lo más antiguo de nuestra literatura. Su procedencia bajomedieval, tal vez desgajada de los grandes cantares de gesta, como sugiere Menéndez Pidal, le concede una clara impronta de narrativa, ya sea por reseñar las luchas fronterizas internas, propias de la Reconquista, y los ciclos clásicos o medievales foráneos, esencialmente los carolingios, o los de carácter novelesco, aunque también suele recrear líricamente amores, desamores y lances diversos. Aquellos versos, recogidos por la transmisión oral, acabaron por conservar esa tradición y su difusión, con algunas modificaciones que facilitaron ese proceso: al seccionarse sus dieciséis sílabas monorrimas en dos hemistiquios de ocho, la estructura rítmica devino en unos versos más ligeros, con rima asonante en los pares, hecho que facilitaba la memorización, la agilidad y el ritmo. A este respecto, el romance convivirá con la poesía lírica popular (*de tipo tradicional*, dice Dámaso Alonso) que le antecede, nacida en los albores del siglo XII, a la que debemos las jarchas, y luego las canciones, villancicos o endechas que constituyen el denominado *Cancionero*.

Cuando las referencias primeras de nuestra literatura iban hacia el Poema del Cid, y por tanto a la épica, he aquí que aparecen estas hermosas creaciones de carácter lírico e igualmente de tradición oral, recogidas por los poetas andalusíes y judíos, quienes solían colocar una estrofa antecedente o final, llamada *jarcha*, en unas composiciones estróficas denominadas *muwassahas* (siglos XI-XII), no en sus idiomas respectivos, sino en el

primitivo castellano con que los mozárabes se expresaban. Cantadas o recitadas por una voz femenina, se refieren siempre a una confianza que se hace a un ser querido sobre una ausencia o pena de amor. Estas pequeñas estrofas, pues, podrían ser consideradas como el origen primero de nuestra lírica:

Vayse meu corachón de mib.

Ya Rab, ¿si me tornarád?

¡Tan mal meu doler li-l-habib!

enfermo yed, ¿cuánd sanarád?

(Mi corazón se va de mí.

Oh, Dios, ¿acaso volverá a mí?

¡Tan fuerte mi dolor por el amigo!

Enfermo está, ¿cuándo sanará?)

A partir de estas composiciones se originan el resto de estrofas que darán lugar al *Cancionero*, y que poseen esos elementos formales que caracterizan a la literatura más popular: métrica irregular, estribillo, rima asonantada, ritmo o sistema paralelístico, es decir, con repeticiones retóricas, y cuyo contenido suele ser muy emotivo, simple y estilizado, pleno de belleza, de luces, de intensidad lírica, un verdadero tesoro, y cito de nuevo casi literalmente a Dámaso Alonso.

Cantados por los juglares y de carácter anónimo, los romances son posteriores. Circulaban por castillos y aldeas, y el pueblo los repetía, si bien con deformaciones y añadidos que terminaron por crear el subgénero que al fin constituyen. Su característica principal es, sin embargo, su acendrado realismo y sencillez frente a los cantares, canciones, baladas y leyendas del resto de Europa.

Tales fueron los “Romances Viejos”, desgajados como se ha dicho de las canciones de gesta o de obras anónimas, sobre todo a partir del siglo xiv. En las siguientes centurias, Juan del Encina, Gil Vicente, Juan de Timoneda, Lope de Vega, Quevedo, Cervantes, Tirso, Góngora y Sor Juana Inés de la Cruz, entre otros, resucitan el romance o continúan esa tradición literaria, ahora con autor conocido y letra impresa, modificando un tanto la temática y las formas, con uso compartido o añadido de coplillas, estribillos y canciones, procedentes algunos de la vieja lírica tradicional antes citada, que Lope se atreverá incluso a intercalar en su teatro; son los “Romances Nuevos”. Prácticamente caída en el olvido y desuso en el siglo xviii, esta composición estrófica resurge con fuerza durante el Romanticismo, muy bien representada en algunos autores como el Duque de Rivas o José Zorrilla, cuya temática es casi siempre de carácter histórico, y ya en tiempos modernos, Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca, Fernando Villalón o Gerardo Diego los hacen revivir de nuevo, pues además del afán de estos autores por resucitar y poner en valor la lírica popular, y la culta del Siglo de Oro, aman su estricta sencillez y su gracia, su verosimilitud y espontaneidad, su simplicidad formal y la facilidad en la versificación, que propician la adaptación a cualquier temática o contenido, incluso de carácter trágico, como ocurre en caso del *Romancero Gitano*.

Este *Romancero Serrano* que presentamos ofrece algo más que resonancias en su título del que escribiera el poeta granadino. El gran Federico nos recrea un mundo onírico de gitanos de verde luna, caminos rojos de sangre, míticos toreros y duelos a navaja con lunas vestidas de nardo. A la originalidad de la temática, únese un estilo muy depurado, con imágenes insólitas y metáforas sensoriales que conforman un poemario de sonora y escondida belleza, y no menos riqueza conceptual.

Pero en este libro, que no es más que una recreación de las diversas temáticas y estéticas del romance, el universo que se plantea es bastante más real, prosaico, o si se quiere, tangible: un catálogo de la vida pasada en la Serranía de Ronda, de los oficios, labores y ciclos del campo, de las estaciones y sus luces diversas, de las ásperas montañas y su misterio, de las aguas interminables, de los vientos sin fin. Se han incluido además una composición sobre un bandolero, tal vez el último de todos, también sobre una infidelidad, tema recurrente en los romances anónimos como los de “La bella malmaridada” o “La esposa infiel”, y otro acerca de un suicidio, ambos acontecidos aunque recreados y con personaje ficticio, y dos más, el dedicado a la ciudad de Ronda, el centro de este gran laberinto de serranías atribuladas, y el de su Real Maestranza, en la más honda tradición de los poetas contemporáneos que fueron subyugados por el *efluvio cósmico* (Ferrero Alemparte) que expele esta ciudad y su comarca.

Hay dos que pudiéramos considerar históricos: “La Leyenda de la Rosa”, en la tradición de las que conformaron la parte más lírica del Romancero, y el que rememora la muerte de don Alonso de Aguilar, personaje real, durante la rebelión mudéjar, allá por el 1501. Éste con fuerte raigambre en los romances de frontera. Por último, se echa mano de un cierto sentido del humor en el dedicado al hombre que traía el cine a los pueblos, a lomos de una caballería: ¡quién lo habría de decir, John Wayne, James Stewart o Kirk Douglas a caballo, aunque en celuloide, ahora no por los majestuosos decorados “fordianos” del Monument Valley, sino a través de los no menos sugestivos y agrestes lapiaces de la Sierra!

Al fin, este breve catálogo no pretende alcanzar cualquier forma de innovación, y por ello no es de extrañar que alguno pueda sospechar alguna influencia de todos y cada uno de los autores anónimos y

expresos antes citados: no creo que exista ningún escritor, más o menos afortunado, que no haya bebido de algún clásico que le haya precedido. Es más, forma y contenido se repiten, incluso con expresiones calcadas, lo que no significa otra cosa que respeto y recreación de unas fórmulas literarias que han triunfado a través del espacio y del tiempo, y que han subyugado a tantos y tantos lectores.

Eso me ha ocurrido a mí, pero no busquen aquí otra forma o contenido que no venga a significar sino poesía popular, intencionada y expresamente escrita para las gentes que han sobrevivido a la vorágine que destruyó la vida campesina en estos valles. La desarticulación de esa vida, y su corolario de emigración y despoblación, coadyuvaron a una inevitable ruina, evidente en pueblos y campos que han perdido en nuestros días gran parte de su idiosincrasia y su paisaje. La población que permanece es ahora más libre y vive mejor que entonces, podríamos aventurar; lo que no sabemos es hacia donde se dirige ese mundo nuevo que les sobrevino e hizo fenecer la mayoría de aquellas formas de vida campesina. Un mundo que no ha sido capaz de conservar la sabiduría de unos hombres que vivieron en paz durante siglos con la tierra, el aire y el agua que les procuraban el sustento.

A todos ellos va dedicado este librito.



Romance de la Fuenfría (El último bandolero)

A Isidro García Cigüenza

*Huye luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos...*

(FEDERICO GARCÍA LORCA. *Romancero gitano*)

I

La noche es un matarife
que afilaba sus cuchillos.
Leve nevisca flotaba,
y en el aire los aullidos
de las fieras que velaban
en sus guaridas y apriscos.
La noche, como una loba,
bostezaba en los abismos,
negras sombras, negra bruma,
negras hachas, negros gritos,
que restallan por La Nava
con sus violentos chasquidos.
La muerte viene bajando
hambrienta, y un infinito
dolor se va decantando,
un dolor oscuro y frío.
La muerte llega derecha,
nadie advirtió su latido,
buscando carne inocente,
sin más razón o sentido
que una alevosa venganza
de celos enfebrecidos.
La Sierra, como un espectro,
vibra en extraños sonidos.
Con aura gris y escarlata,
contrapunto ensombrecido,

proyecta sombras chinescas
de perros enloquecidos.
¡Noche de oscuros presagios,
noche de acero en los riscos!
Ya está el retaco cargado,
los cartuchos en su sitio
y ha puesto sin dilaciones
sus dedos en el gatillo.
¡Sólo rondaba la muerte
en el aire estremecido!
Ya la pólvora resuena
y estallan secos los tiros,
ya la sangre está manando
de los cuerpos malheridos
con los ojos asombrados
y los labios renegridos.
Cuatro cadáveres yacen,
cuatro cuerpos abatidos
por el odio y la locura,
por un afán desmedido,
una ingrata sed de tierra
saciada en cáliz maldito.

II

Muy cerca de la Fuenfría
lo vieron. Anda escondido,
crespo y sucio como un macho,

huraño, avizor y huidizo
(esto contaba a los guardias
un pastor en El Saucillo).
Una encina solitaria
encaramada en el viso
esconde su oscura sombra,
su perfil negro y cetrino,
como si fuera un fantasma,
igual que un aparecido.
Bajo pinsapos y encinas,
sorteando los caminos,
siempre vaga por las noches;
sólo el cárabo es su amigo
con las inquietantes voces
y los siniestros ruidos
que nacen de la montaña
y de los bosques dormidos.
No come, duerme o descansa,
tiene los ojos salidos
de las órbitas, y apenas
mantiene ya el equilibrio,
caminando agazapado
como si fuera un felino.
Su sola patria es la Sierra:
no hay caverna, no hay abrigo,
ni alimento, ni refugio
que le concedan alivio.
Camino del Robledal

lo vieron subir. El río
lavaba chinas bermejas
en su lecho blanquecino;
por su caudal van flotando
las hojas de los alisos,
negros peces que navegan
en aguas de amargo vino.
¡Cortijo de la Fuenfría,
tan bello bajo los pinos
del Robledal y sus puertos
y el Abanto enrojecido!
¡Miradlo ya, que se acerca
como una alimaña, huido,
con la escopeta dispuesta
y los cartuchos al cinto!
Frente a la puerta se yergue
una sombra. Los ladridos
de un mastín suenan a muerte,
siniestros y repetidos.
Tocó a rebato la aldaba
y nada, sólo el silbido
del viento helado. De pronto
detonan cinco estampidos,
fulgurantes llamaradas
trazan la noche, y un grito
desgarrado cruza el páramo
y, rodando al precipicio,
se expande en la oscuridad

y, luego, sólo un suspiro,
y un cuerpo en sangre cubierto,
y un cuerpo en noche tupido.
En su pecho florecieron
rosas negras que son cinco
pozos hondos de amargura,
por donde saliera un líquido
de oscura hiel, y llevaba
los ojos de muerte ahítos,
los miembros desmadejados
y el semblante blanco y lívido.
Lo subieron como un fardo
a un gran caballo zaíno
amarrado a unas jamugas.
Los guardias, tras el escrito
del juez, lo llevan a Ronda
a través del Navacillo.
Y allí, tumbado en la losa,
inmóvil, desnudo y frígido,
sin los dones de las lágrimas
de su mujer o sus hijos,
esperaba sepultura
sin los rezos de un amigo,
a no ser de un viejo fraile
por el fiscal requerido.
Una mañana de enero
lo enterraron sin aviso.
No hay luz que vele su tumba,

no hay lápida o crucifijo.
Sólo tierra oscura y pasto
bajo un ciprés y un espino.
Quedó sola la Fuenfría,
quedó aquel campo marchito,
la casa con las paredes
horadadas por los tiros.
Allí, la luna posaba
una luz de blancos lirios,
entremezclada de cárdenos
tonos rojos y amarillos.
El viento en el Robledal
afilaba sus colmillos,
y el arroyo se tintaba
con agua de amargo vino.







La aguadora de azanaque

A Ana y Celia

*Fontefrida, Fontefrida,
Fontefrida y con amor...*

(ANÓNIMO. *Romancero*)

I

¡Aguadoras, a la fuente,
que están manando en la tarde
con abundancia los chorros
del manantial de Azanaque!
Cántaros vienen subiendo
por las empedradas calles,
vasijas de luna y viento
y calabazas de aire.

Las muchachas visten todas
de flores los delantales,
corpiños verdes, turquesas
y medias de fino encaje.
De entre todas, la más bella,
la hija de mi compadre:
lleva falda carmesí
con una guirnalda al talle,
y blusa blanca adornada
con vainica que enhebraren
costureras que bordaran
mejor que bordan los ángeles.
Su cabello es negra seda,
y en sus ojos verdes late
una mezcla de zafiros
y misteriosos diamantes.
Su boca puebla jazmines
y en su pecho altivo se abren

ondas vírgenes que rompen
espumas en oleaje.
Ninguna llena en la fuente
con su gracia y su donaire.
El agua que le salpica
en sus manos, al instante,
es como el casto rocío
que el alba posa en los valles.
Cuando recoge su cántaro
en su cadera, ella sabe
que yo me extasío viendo
su maravillosa imagen.
Apenas puedo alcanzarla,
apenas debo acercarme,
pues yo la duplico en años,
y aunque carezco de achaques
es tan hermosa y tan joven
que no me atrevo ni a hablarle.
¡Qué bella va con su cántaro
la hija de mi compadre!

II

Las muchachas van colmando
sus odres de arcilla, grandes
lebrillos en las cocinas,
y en los patios y arriates
tinajas rojas, profundas,

como lunas insondables,
donde almacenan el agua
para regar los rosales.
La tarde es un cristal puro
de nácar; como un alarde
de fina candelería
prende en Los Alcornocales.
¡Atardecer de la Sierra,
ardiente como un anafe!
¡Ocaso en el dulce estío
con su luz rosa y brillante
entre las nubes de bronce
y los nítidos celajes !

*–Compadre, déjame entrar,
visitarla por las tardes
entre cintas y aspidistras,
entre hortensias y clemátides,
en su patio de alabastro
cuando acabe de peinarse
y salga con su vestido
de violetas y corales...
Tengo mi casa vacía
y a mis dos hijos sin madre,
mi jardín mustio, sin flores:
secos, sufren los balates
y mi pozo está vacío,
falta de blancos caudales.*

*–Pasa y háblale, que yo
permiso te doy, compadre.
Repítele lo que a mí
cuando de su cuarto baje
con su vestido de seda
y sus zapatos de jade.*

*–Dame entonces a tu hija
que yo sabré respetarte,
permíteme desposarla
y la querré como un padre.*

Bajando por la escalera
con su andar tan elegante,
con sus bucles de caoba
y esbelta como cariátide,
llega al patio musitando
sus coplas de verdiales.

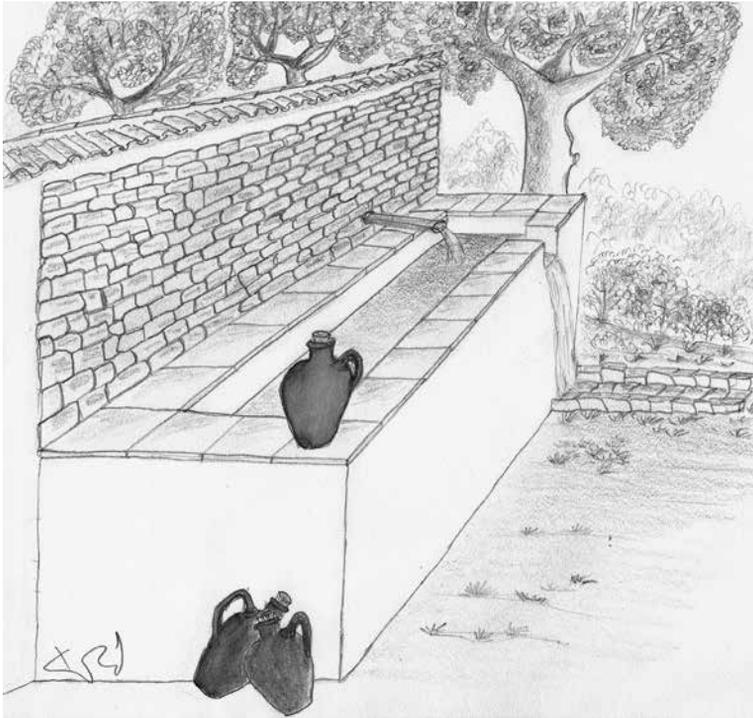
*–Si estás dispuesta, quisiera
contigo poder casarme,
dime que sí, y te conduzco
a mi casa entre varales,
bajo un palio de amapolas
criadas en los trigales,
y en carroza plateada
tirada por alazanes.*

*–Padrino, no puedo hacerlo,
pues mi corazón es parte
ya de otro huerto florido
con cerezos y azahares.
Deja que siga subiendo
con mis cántaros a pares,
cernidos a mis caderas
tan delicadas y frágiles.
Déjame tomar el agua
de mis dulces manantiales.*

III

Se fue la niña entonando
sus coplas de verdiales.
Canta que te canta sube
por las empinadas calles.
Llegada hasta el manantial
dejó que le salpicase
el agua pura en sus manos,
en su cara y en su talle,
y un joven sació su sed
en la fuente de Azanaque.







Romance del hortelano

A María Luisa Gómez Moreno

*Los campos les dan alfombras,
los árboles pabellones,
la apacible fuente sueño,
música los ruiseñores.*

(LUIS DE GÓNGORA, *Romances*)

I

Los bancales como islas
en medio de la montaña;
un manantial con su arpegio
de cristal; helechos, zarzas,
y un chopo, guardián altivo
con brisa en lugar de adarga.
Cinco bancales dispuestos
sobre la mar arbolada,
exiguos campos apenas
prendidos a la barranca,
recios muros sosteniendo
las minúsculas terrazas
con geométricas paredes
dispuestas a pico y pala.
Allí un peral, tres granados,
dos membrillos, y no faltan
cerezos en los taludes,
dos japones¹ y una parra,
de cristal unos ciruelos,
higos, nueces y manzanas.
Donde el sol más ilumina
moran las dulces naranjas

¹ Sin tilde. Se refiere al aquí llamado “ciruelo japon” (*Eriobotrya japonica*), en bello y acertado arcaísmo de los campesinos. El “níspero” (*Mespilus germanica*), que así se le llama común y erróneamente a este fruto, constituye otra especie.

que en breves lunas dibujan
universos de abundancia.
En los huecos hay erillas
para el huerto; tamizada
y sin chinarras, la tierra
dispuesta está y preparada.
¡Sierra difícil que fuera
por el sudor conquistada
a la dura orografía
de esta selva ensortijada!
¡Sueños, trabajos y días
en incansables jornadas
por sacar fruto a una tierra
difícil, adusta y áspera!
Arriba de los bancales
está la alberca. Encalada,
con su cortejo de flores,
fresca, en sombra y con su cóncava
vasija de cal y piedra,
y su chorro de hojalata
que fluye casto y continuo,
salmódica armónica y clara,
constelación de partículas,
voz en alegre algazara,
linfa en espejos de frío
que no cesa en su voz blanca
hasta que se colme el vaso
tras la noche y tras el alba.

II

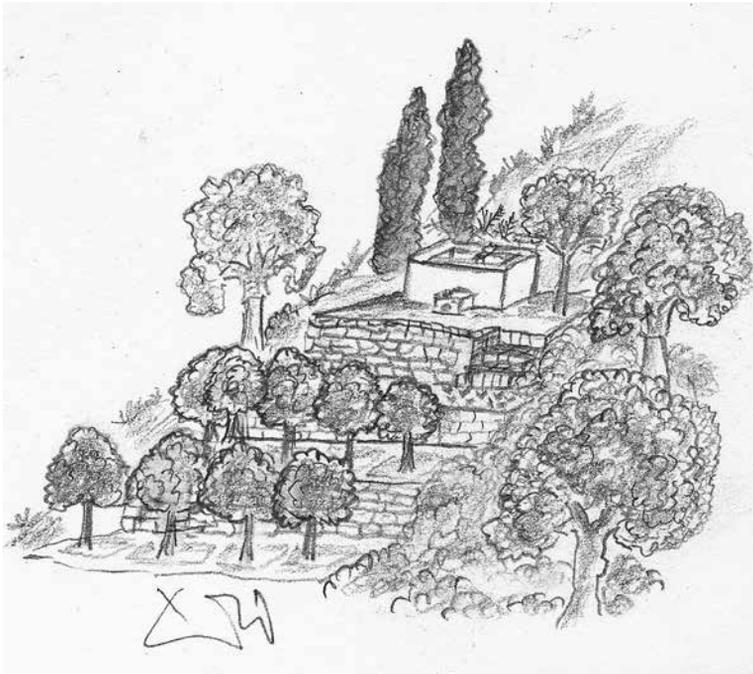
Aguas y nubes del cielo
con los ábregos llegadas
preñaron rocas y tierras;
el duro frío y la escarcha,
nieblas, tardes y alboradas,
noches de voces inciertas
y días de luces altas
generan el viejo rito
que en el huerto se consagra.
Ya el bancal recién labrado
está esperando a la almáciga
y al estiércol repudrido.
Cernida, limpia y arada,
la tierra acoge los dones,
las semillas conservadas
que manos limpias y expertas
disponen para sembrarlas.
Ved llegad al campesino
con su canasto y su azada.
Ved como quita el tapón
de corcho, y ya liberada
por acequias presurosas
y regaderas, derrama
la alberca su contenido
sobre las breves paratas,
quebraderos y balates,

y va llevando las dádivas
de fertilidad, riqueza,
vida, frescor y esperanza.
Ved las erillas repletas,
ved la arboleda saciada...
¡Qué alarde de luz! La tarde
las recias sierras traspasa
con majestuoso vuelo,
como mariposa mágica
cuyos élitros de sombra
sobrevuelan la montaña.
¡Qué luz, tan luz, en el cielo!
¡Qué brisa en brisa apresada!
¡Qué batir en los ramajes!
¡Qué tierra más perfumada
como novia ya dispuesta
a los abrazos del agua!
¡Qué ceremonia más bella
sellan el huerto y su amada
bajo copiosos brezales
y blanquísimas albaidas!
Mira el hortelano el campo.
Ve la tierra fecundada
con ese efluvio de vida,
con esa alquimia sagrada,
que rendirán tiernos frutos
desde el fondo de su entraña.
Ahora arregla los alcorques,

los caballos repara
y sube, porque la alberca,
una vez que está vaciada,
ha de estar limpia en su fondo
y ser de nuevo tapada.
Bebe un poco en el cucharro,
luego recoge su azada
y se lleva algunos frutos
en un canasto de palma.
Después sube por la senda
que el chaparral engalana;
lentamente, hacia la breña
su caminar, que ya alcanza
el sexmo de La Fresneda
cuando el sol cede sus galas;
al frente la Sierra inmensa,
abajo, Las Alfaguaras.
La noche a los castaños
se aparece, como un hada,
con un traje transparente
de luz celeste y naranja.
Ladridos. Tal vez un zorro
o el perro de una majada.
Un viento apacible y denso
en la arboleda descansa,
y el monte cierra sus puños
sobre las pétreas barrancas
como un gran depredador

que acechara en las vaguadas.
El bancal quedó en silencio;
sólo el chorro resonaba,
y en la noche los aromas
a tierra recién regada.







Romance de los corcheros

A Pedro Álvarez

*La aurora va resbalando
entre espárragos trigueros.
Se le ha clavado una espina
en la yemita del dedo.
—¡Lávalo en el río, aurora,
y sécalo luego al viento!*

(RAFAEL ALBERTI. *Marinero en tierra*)

I

Amanece. El chaparral
despierta en pálidos brillos
y los hombres se levantan
con los miembros doloridos,
que la noche ha sido corta
y el trabajo de ayer mismo
duro, continuo, sin pausa,
difícil y repetido.
Huele a café y aguardiente;
pan untado con tocino
para iniciar la jornada,
que el sol aprieta en el viso;
hay que aprovechar la fresca:
iel calor es un suplicio!
Las colleras se disponen,
la escala alcanza el bornizo,
y el corchero en lo más alto
ya tiene el árbol hendido.
Por las laderas se escuchan
los golpes, como latidos,
que abren la corcha y la abaten
sobre jaras y lentiscos.
Y van cayendo las planchas,
y en el monte, los sonidos
del hacha los lleva el viento
por madroños y quejigos,
subiendo a las bravas sierras

tapizadas de torviscos
y a las honduras del valle
donde vibran los alisos.
Ya los “arrecogeoers”
apilan con mucho tino
las piezas que van cayendo.
El tronco, ya desvestido,
se adorna en color bermejo
hasta la copa, bellísimo;
oblonga es la corcha, parda,
y con grosores distintos.
Ya acuden los arrieros
con sus robustos equinos,
mulos y mulas nervudos
como troncos de un olivo.
Llegan gallardos y serios,
con una faja en el cinto,
los pantalones a rayas
y blancas blusas de hilo,
dando continuos viajes
con el sudor derretido,
resecos los labios grises
y los ojos encendidos.
Ya van cargando la corcha
en los andoques, sencillo
artilugio que sostiene
palos de hierro fundido.
Otros lo hacen a tercio,

uso que sólo un perito
en cargar bestias consigue
tras esfuerzos inauditos.
Nadie como ellos conoce
los ocultos entresijos
de las sendas y cordales
de la Sierra. No hay camino,
ni cañada o vericuelo
que no les sea conocido.
Con sus bestias arriadas
se abren paso entre los pinos,
los érguenes y los brezos,
los jaguarzos y los mirtos.
¡Veredas de polvo rojo
o de polvo blanquecino,
holladas, albas a ocasos,
con piafares y relinchos!
Los corcheros, mientras tanto,
prosiguen su duro oficio
y tras un austero almuerzo
de nuevo al árbol, subidos,
y otra vez suenan las hachas
con mandobles de aire herido
hasta las últimas planchas
con el sol ya fenecido.
La tarde se va apagando,
se apaga el ronco quejido
de golpes, como una fragua

que en los ramajes tupidos
del chaparro percutiera
con afilados martillos.
Ya se cerraba la tarde
con los goznes de los grillos,
ya es la hora del descanso,
ya no se oye ningún trino,
y esta calma es compañera
del descanso merecido
cuando las sombras imponen
su silencio y su dominio.

II

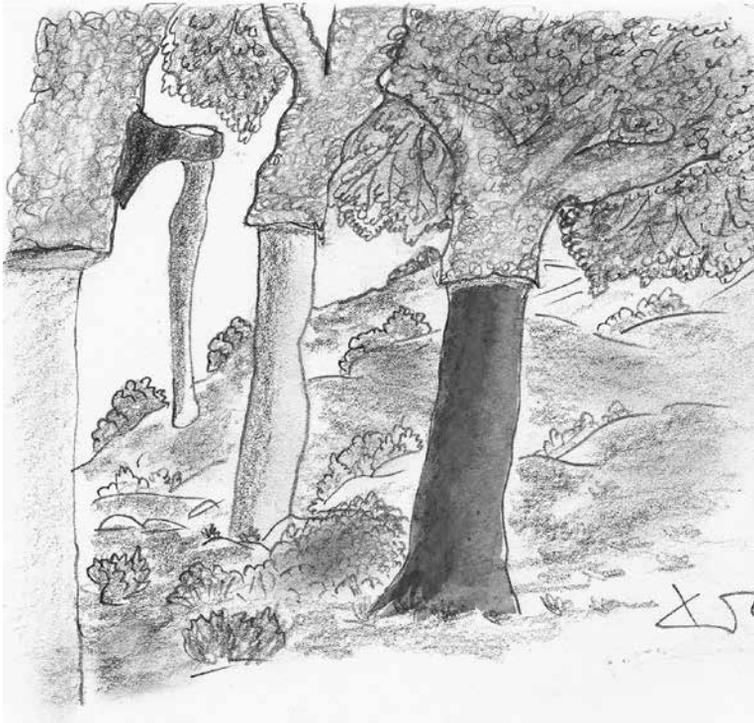
En el ható está Cristóbal
guisando tomates fritos.
Por la vereda subía
(apenas era un chiquillo)
el “aguaor” con un cántaro
de barro, con agua y frío.
Mientras, algunos corcheros
guardan el hacha en su sitio.
Los más viejos las enfundan
en vainas de cuero fino,
otros se sientan y charlan
mientras se beben el vino
de una garrafa de arroba,
garrafa de verde vidrio.

Ya los llama el cocinero
con grandes voces, oídló:

*–¡A comer!, grita Cristóbal,
que está la luna en el viso
y los tomates se enfrían;
tenedores y cuchillos.
Niño, ve pasando el agua;
Pepe Luis, corta chorizo,
“cuchará” y paso atrás,
que detrás viene el tocino
de la “papá”, lo más bueno
que nos regala el cochino.
Echadle el agua al gazpacho
que se majó en el dornillo,
agua fresca de la fuente
hasta colmar el lebrillo,
cortad pan en rebanadas
y a comer, buen apetito...*

Poco después de la cena
cada cual se va a su hatillo
a liarse entre sus mantas
con los miembros retorcidos
de cansancio y de fatiga.
Hablan, fuman, del botijo
beben al chorro, y alguno
baja a bañarse hasta el río.

Los más intentan dormirse
bajo los leves suspiros
de la brisa. Entre los árboles
ya se decantan los límpidos
aromas de la montaña,
y la noche su sigilo
cálido al alcornocal
deposita con su brillos
apagados, que se filtran
por los ramajes tupidos,
y en las sierras, cuyas sombras
perfilan tonos sombríos
cuando esa luz los afila
con sus destellos rojizos.
La noche va a los arroyos
sedienta, o busca cobijo
bajo los sauces y adelfas
con su manto oscurecido,
manto en encajes de estrellas,
encajes de blanco lino.
La noche baja a las sendas,
a las majadas, apriscos,
enjalbegando hacendosa
los dispersos caseríos.
Y aquellos hombres de hierro
se van quedando dormidos
arropados por la luna
que toca un arpa de grillos.





Romance del arriero

*No le pegues, arriero,
a ese caballo castaño.
Si ayer fue fuerte y ligero,
hoy no puede con los años.
No le pegues, arriero.*

(ARRIERA. *Canción popular*)

Apenas daban las dos
en el reloj de la iglesia
y el arriero en la cuadra
aparejaba sus bestias.
Comienza con el mantillo
y el albardón que es la pieza
que va con la pegadura,
ataharre, y a la vera
el cabezal y la enjalma;
luego el ropón, una tela
de basta sarga de Burgos.
La sobrenjalma es cimera
de todas aquellas ropas,
y el cincho es una loneta
o cuero con una hebilla
que el aparejo sujeta.
Queda la jáquima. Antonio,
con suma delicadeza,
la coloca, y acaricia
las crines y la cabeza
de sus nobles animales
que son su pan y riqueza.
De noche, siempre de noche,
en verano, pues aprieta
luego el sol y es necesario
aprovechar bien la fresca.
Camaradas de la luna,

el arriero y su recua
ya suben los altos puertos
de la Dorsal por la senda
que los conduce hasta el Puerto
como una sierpe que reptar.
Quedaron atrás los pueblos
recostados en la Sierra,
los encinares de Cortes,
del Guadiaro las huertas,
laboriosas cortijadas
con pegujales de veza
y de trigos y maizales
por donde el viento navega.

*–iArre, Liviana, que estamos
viendo ya Sierra Bermeja!
iArre, Lucera, que el día
está llamando a la puerta!*

Pasan por los castaños,
los olivares e higueras
que viven en las solanas,
los bancales, las albercas,
los cerezos y ciruelos:
el mar de las arboledas
donde los pueblos son ínsulas
entre Gaucín e Igualeja.
Quedó atrás el río Genal

con las aladas cenefas
de los millares de vuelos
pululando en las choperas,
las flores de los durillos,
los flujos de la sauceda
y los rosados sarcillos
que penden de las adelfas.
Antes que la luna esconda
sus nardos cuando amanezca,
la Venta de los Nogales,
que es posada donde llegan
los arrieros que van
con dirección a Jimena
y al Campo de Gibraltar,
o a la orilla marinera
de Estepona o de Manilva,
de Casares o Marbella.

*—¡Arre, mulas, que está el sol
encerrando a las estrellas!*

Por Guardas o Peñas Blancas
el arriero atraviesa
Crestellina o Los Reales,
Los Arrecidos, La Artesa,
pasando a la otra vertiente
que mira a la mar serena.
El sol abría sus ojos

por levante, con tal fuerza
que bañaba en oro puro
la barranca pinariega
que baja desde las cumbres
con aulagas, con hiniestas,
y los tupidos jarales
que crecen entre las peñas.
El mar celeste brillaba
más limpio que una patena;
pulido, inmenso, mostraba
su espuma en las escolleras,
y su esplendente tersura
colmaba de azul la tierra,
las montañas y los valles,
y el aire, como si fuera
una inmensa celestina
que al mundo entero cubriera.
Bajando por El Padrón,
y apenas que amaneciera,
en cuanto llega a la lonja
descanso a sus mulas diera.
Mientras, se acerca a los muelles
donde pregonan la pesca:

*–Jureles, tengo, sardinas,
y boquerones y almejas.
Pescadillas de Estepona
que no las veréis más frescas,*

*unos rubios salmonetes,
y calamares y brecas.*

Con tres cajas de jureles
y sardinas da la vuelta,
a cambio deja en depósito
tres banastas de ciruelas,
blancos cristales redondos,
purísimos como perlas.
Más tarde, ya aparejadas
y bien cargadas las bestias,
se acerca por ver si hay
hortalizas en las huertas,
sobre todo los tomates
tempranos, pues en su tierra
hasta agosto no se dan
en sus verdes sementeras.
De nuevo en camino va
subiendo Sierra Bermeja;
por no ponerle más peso
a sus animales piensa
en regresar caminando
por las empinadas cuestas.
A las doce, con el sol
percutiendo entre las piedras,
llega a su primer destino,
un pueblo en el cual espera
vender sus mercaderías;

bien oiréis lo que dijera:

*–¡Espuma, niñas, os traigo,
espumita salinera,
y olas blancas de Alborán
atrapadas en mi cesta!*

*–¿Qué es eso que se derrama
de tus capachas y espuertas,
que huele a blanco salitre
y brilla con tanta fuerza?*

*–Son tesoros de la mar
que traigo para tu mesa.*

Los pescados, entre helechos
con nieve prensada y fresca,
va pesando en la balanza
por cuarterones o piezas.
Ya vende la mercancía
que en los serones encierra:
ijureles como la plata
y sardinas marfileñas!

*–¡Espuma del mar os traigo,
espumita salinera,
y olas blancas de Alborán
atrapadas en mi cesta!*

Luego, puesto que la tarde
se echa encima y la tarea
no ha concluido, dispone
que hay que vender lo que queda.
Y de nuevo a los caminos,
y de nuevo a las veredas,
buscando el magro sustento
que su oficio le ofreciera.
Hasta su casa, por fin,
oscureciendo se acerca.
Lo primero, en el establo,
desaparejar, y apenas
sin descansar dar cebada
y paja de rastrojeras
a sus recios animales,
sus mulillas compañeras.

*iDescansad, mulillas mías,
y gracias por vuestra entrega!
Duerme ya, buena Liviana,
sueña ya, noble Lucera.*







Romance de los molinos

*Molino que estás moliendo
el trigo con tanto afán;
tú estás haciendo la harina,
otros se comen el pan.*

(CANCIÓN POPULAR)

I

El agua baja vestida
de lirios hasta la aceña,
con guirnaldas de cerezos
sobre su pelo de seda.
Trae zapatos de granado,
su corpiño es de ciruelas,
collar de zarzaparrilla
y de moras la pulsera.
De la azuda viene, río
arriba de la chopera,
azuda a base de helechos,
de cantos y de maderas,
que la embalsa y la conduce,
recatada, por la acequia.
¡Qué limpia llega vestida
cuando baja hasta la aceña!
Por el caz sus ojos verdes
los frutales espejean,
aguas verdes, ribas verdes
con alma blanca que muestra
perfumes, lunas y pétalos
de malvas inflorescencias.
Se van llenando los cubos
y el agua que allí se apresura
con su empuje los rodeznos
girá, y éstos las piedras,

la solera es la de abajo,
la de arriba, volandera.

II

Ya lavan los molineros
el trigo que les trajeran
de los pagos del Rosal,
del Opayar y Las Vegas,
de La Cancha, La Fuensanta
y el cortijo de Buitreras.
Como pepitas de oro,
en la pila las restriegan
con agua pura, abundante,
hasta que limpias salieran
por los estrechos canales
que conducen a una cesta,
desprovistas ya de paja
y de otras impurezas.
¡Como pepitas de oro,
libres de polvo o arena!
Pasan después a capachos
que en esparto se tejieran,
y luego al sol se disponen
y en el tendal se desecan.
Una vez sin humedad,
los molineros se aprestan
a echar el grano a la tolva

despacio, pues ya resuena
el agua en el saetín
con la presión y la fuerza
que el rodezno necesita
para iniciar la molienda.
Comienza la ceremonia,
y aquel oro de la tierra
torna en purísima nieve
en polvo, más blanca y bella
que el azahar de un naranjo
o la flor de las almendras.
Milagro que se repite,
donpreciado de la tierra,
surcos de barro o de polvo,
vientos, brumas, sol y estrellas,
sudores del labrantío
y de trillas en las eras...
¡De ser pepitas de oro
a ser flores de la huerta!
La harina exhala un olor
de austeridad y modestia,
su textura es como armiño
de inmaculada pureza,
y su color un jazmín
en átomos y moléculas.
Lentamente, el molinero
en las sacas dispusiera
el fruto de su trabajo,

que otra tanda está a la espera.
Va apilando los montones
de sacas; de todas ellas
una será la maquila,
que es de justicia obtenerla
en pago por el trabajo
honrado que se ejerciera.
Mientras tanto el otro cubo
se ha dispuesto, que es urgencia
cinco arrobas de aceitunas
moler antes que anochezca.
El cargo viene en tres sacos
del Higuierón, y se echa
a la tolva del molino
de aceite, luego las muelas
cónicas van triturando
las olivas ya dispuestas.
Con rastrillos y con palas
la moltura se almacena
por medio de los capachos
y se apilan en la prensa.
Con el usillo apretando
el verde jugo saliera,
sagrada sangre de dioses
o lágrimas de Atenea.¹

¹ Atenea es la diosa de la sabiduría, de las artes, de la ciencia y la artesanía. La referencia hace alusión a la creación, según los griegos, del olivo. La diosa, en su contienda con Poseidón por el

¡Qué olor a cálidos flujos
de sol, a fría presencia
de noches, a parcas lluvias
sobre tan difícil tierra!
¡Qué espesores se decantan!
¡Qué savia se escurre y temple!
¡Qué glauca linfa se expande!
¡Qué humildad en la riqueza!
Con oficio bien sabido
ahora el alpechín se suelta,
su aroma intenso y picante
se expande por la ribera.
Al mismo tiempo, con haces
de brezo, ya se calienta
abundante agua del río
en la cóncava caldera,
luego con cubos se arroja
hirviente sobre las pleitas
de los capachos prensados
y el orujo se aprovecha.
Y así, los dos molineros
ya su trabajo completan,
harina de rubio trigo

control de la ciudad de Atenas, presentó una rama de olivo como símbolo de fertilidad, riqueza y utilidad a los hombres, mientras el dios lo hacía con un caballo veloz. Zeus concedió a Atenea el patronazgo y protección de la ciudad ática. Se considera a este árbol, por parte de numerosas culturas del Mediterráneo, como especie sagrada, desde Getsemani a Sicilia, desde Atenas al Islam (la palabra aceite viene del árabe az-zait, jugo de oliva).

y aceite que revistiera
el tornasol de un lechín
en tardes de luna llena.

III

Anochece. El agua sale
por el soscaz, y resuena
en espumas salpicando
el culantrillo y la hiedra.
Las piedras están dormidas
y detenidas las ruedas
de los ingenios. Mañana,
tal vez antes que amanezca,
nuevos cargos de aceitunas
y honorable trigo vengan,
buscando que el agua pura
y ajadas manos expertas
los alimentos del hombre
procesen, molturen, muelan.
Inacabables, las aguas
en el azud se almacenan.
Por el caz hondo en frescuras
van transcurriendo y se acercan
de nuevo al cubo, cayendo
en cascadas de opulencia.
Agua verde de los álamos
que el viento azul tambalea,

agua rosada de pétalos
en la dulce primavera,
agua en los sauces de plata
cuando el sol los espejea,
agua blanca de alboradas
y en las noches aguas negras.
¡Fuerza limpia y prodigiosa
que se transfiere a las piedras!
¡Aguas del pan y el aceite,
castas aguas molineras!







Antonia, la de La Cancha

Vertientes del Guadiaro, hacia 1946

A Antonio García Vázquez

*Inicia San Juan de Junio
trilla el güertano,
y en el tiempo de trilla
se asan los pájaros:
¡Arre, Pulía!
si pa ti no es la parva
tampoco es mía.*

(POPULAR. MURCIA)

I

Antonia, la del cortijo¹
de La Cancha, vive al lado
de un encinar tan antiguo
que nadie sabe sus años.
Su casa luce blanquísima,
con su patio enjalbegado,
las ventanas enrejadas
de donde cuelgan geranios,
y un corral de blancas chinas
con alto y verde emparrado.
En el patio de la entrada
hay un horno, y justo al lado,
“la casa”, muy espaciosa,
con el hogar y el tizado
hueco de la chimenea.
El chinero es reservado
para la loza materna
que un día hubo heredado
o del ajuar que obtuviera,
humilde, modesto y parco.
Sillas de recios olivos
y una mesa de castaño,

¹ El cortijo de sierra no se parece en casi nada al más lujoso y amplio de la campiña. El de nuestra Serranía se reduce a la “casa” o vivienda, el horno en el patio de entrada, y el andén o establo. Puede tener anejo un pajar, o en alto. Es propio de la población dispersa de las vertientes con sembradío y dehesa, y de las altas depresiones en las sierras calizas.

otra baja, tocinera,
un almanaque y tres cuadros,
con un candil y un quinqué
como rústico alumbrado,
son los elementos únicos
del estricto mobiliario,
a no ser de la cocina
las trébedes, los cacharros,
un almirez, cucharero,
la tinaja y los canastos.
Tras la pared de tapial
se disponen otros cuartos
y un tercero que se encuentra
arriba, en el soberado.
En cada uno un baúl,
una mesilla, un camastro,
una Virgen dolorosa
o un Cristo crucificado.
También allí, dos estancias
para conservar el grano,
el maíz, los frutos secos
y los tomates colgados,
así como la chacina
y los lomos enterrados.
En la parte posterior
el andén, que es el establo
de la vaca y las ovejas,
de las cabras y el caballo.

El cortijo está muy cerca
de un manantial, que en verano
apenas si sufre merma;
un pequeño erial a pastos,
tras una fila de chopos,
da sustento a su ganado.
Los riscos de La Dorsal,
su horizonte más cercano;
al frente Sierra de Líbar
con sus esbeltos pináculos
en las cumbres ruinosas,
y sus temibles barrancos
de retamas, aulagares
y genistas tapizados.
Detrás de las altas cumbres
se alargan, como un milagro,
unas extensas planicies
a las que nombran “Los Llanos”,
donde medran los asfódelos
y quejigos centenarios.
Más abajo de La Cancha,
el Valle del Guadiaro
sus laderas ennoblece
con dehesas y sembrados,
con las albas cortijadas
de Salitre y otros pagos,
los olivares de Cortes
y amplios bosques de chaparros.

Al sur queda el Panderón,
Las Buitreras, con su tajo,
herida abierta en la piel
de aquel promontorio cárdeno.
Y en el fondo las fresnedas,
como ángeles alados
que se apuestan en la orilla
o en apacibles remansos,
con vuelos de sombra y brisa
ora verdes, ya dorados.
Aquella hermosa floresta
ve pasar junto a su lado
a un traficante de vientos
con fumaradas, silbato
y un rítmico andar que hace
retemblar aquellos campos.
El tren viene presuroso
los paisajes procesando
en sus ventanas, que miran
las acuarelas de un cuadro
que tremola entre las aguas
al verse allí reflejado.
Antonia lo ve pasar
a lo lejos, galopando,
y sueña con que algún día
tal vez pudiera tomarlo
por ver nuevos horizontes
y otros lugares lejanos.

Nunca abandonó esta tierra
que la sustenta, si acaso
cuando casó, su marido
la llevara en el caballo
a la Estación, cuando en tren
Correo los dos bajaron
a Algeciras, luego a Ceuta
en un barco navegando.

II

Este es el mundo en que Antonia
desarrolla su trabajo:
Levantarse con el sol
y encender fuego, el amargo
café hirviendo en un cacito,
el costo que ha preparado
en la capacha al marido,
dar de comer a los guarros,
llevar afrecho y maíz
a las gallinas y pavos.
Ordeñar, hacer un queso
aprovechando los cuajos.
La limpieza de la casa,
poner la olla, y al rato
comenzar el amasijo,
que repose, y mientras tanto
hay que hacer una colada

en el arroyo cercano,
con jabón hecho de sosa
y del aceite sobrado.
¡Cómo reluce la ropa
tendida bajo los tajos
sobre gráciles lavandas
y los jaguarzales blancos!
Luego lleva las hogazas
al horno precalentado.
¡Qué tan sugerente aroma
del pan recién horneado
que Antonia bajo unas mantas
va en la panera tapando!
Ya es la tarde, llega el hombre
con el aspecto cansado,
sirve Antonia del puchero
un buen plato de garbanzos
que el campesino acompaña
con mosto turbio y amargo.
Tras la cena, junto al fuego
el hombre lía un cigarro,
la mujer cose un vestido
diez veces ya remendado,
y al fin, al lecho, que pronto
están los gallos cantando.
Y si los días requieren
dedicación, cada año
las labores del cortijo

ocupan el calendario:
si en diciembre la aceituna
se recolectó, obligado
es molturarla enseguida
en algún molino hidráulico.
En enero, la matanza,
y las podas, ajustando
que la luna corresponda
al ciclo que marca el árbol.
Más tarde quitar las hierbas
parásitas del sembrado,
reparar cercas, la esquila
de la oveja antes del parto,
recolectar las patatas
que en invierno se plantaron,
ir disponiendo la almáciga
para el huerto de verano,
estercolar los bancales,
limpiar la alberca, ir sembrando
los plántones de hortalizas
en los surcos con un cabo,
tener la tierra dispuesta
como es acostumbrado
para el maíz, que se siembra
tras un profundo labrado
con una yunta de mulas
de un gañán del vecindario.
Por junio estallan los trigos

en oleajes dorados
con respuntes de amapolas
de color ensangrentado.
La siega, a tornapeón
con los vecinos cercanos,
la trilla se hace en la era
y luego se avienta el grano
así que acuda el Levante
con su aliento azul y cálido.
La paja se guarda en pacas,
el trigo en oblongos sacos.
No se descuidan los riegos
de tomates castellanos,
calabazas, berenjenas
y pimientos colorados,
de las habichuelas verdes,
del pepino y de los rábanos,
ni del maíz, exigente
en riegos casi diarios,
hasta que al fin se recoja
bien crecido y ya granado.
Cuando el otoño se acerca
con sus oros engastados
los frutos son abundantes:
acres membrillos, granados,
la uva agraz de la parra
para hacer mosto, el castaño
con los erizos, que abren



dulzuras entre sus párpados.
En el pequeño encinar
la montanera ha llegado
con la bellota en el suelo.
Los tres cochinos ~~osando~~
hasta bien entrado enero
y las ovejas al prado
cubierto de rastrojeras
o de agrestes jaramagos.
Es el momento también
de la leña, aprovechando
las ramas muertas, las podas,
y hacer carbón en un claro.
Cuando inicia el mes de octubre
las lluvias han regresado
y hay que disponer la tierra
para los nuevos sembrados.

III

Otra vez se inicia el ciclo,
y sin pausa, ni cansancio,
Antonia y su compañero,
la lluvia, el sol, el helado
resplandor de las estrellas,
el viento apesadumbrado
del invierno o el repleto
de humedad que traen los Ábregos.

La tierra sigue su curso,
la montaña en sus airados
resplandores, la arboleda
con sus brisas y sus pájaros.
Antonia ha quedado encinta,
espera un hijo por mayo;
los ojos tiene brillantes
y su perfil dilatado.
El rostro honrado y curtido
lo señala, y su regazo,
venerable tierra, ofrece
su huerto ya fecundado.







La matanza

A Miguel Viñas

*La señora longaniza
se quiere casar mañana
con el señor Pedro Lomo
pariente de Dona Magra...
El morcón es el padrino,
la morcilla convidada,
¿quién fuera casamentero
de esa gente tan honrada?*

(TRADICIONAL. VILLAVIEJA DE YELTES)

El chaparral con sus sombras,
el arroyo recrecido
y el horizonte alumbrando
tras los montes ateridos.
Una luz pálida y rosa
se abre paso entre los riscos
de la brava serranía
entre encinares y espinos.
Hay una brisa que viene
con batir de vuelos fríos:
en viento en el chaparral
es blanco como los lirios.
Algunos pájaros cantan,
cantaba el dulce cuclillo,
un jilguero derramaba
por el monte sus sonidos,
y entonaba la oropéndola
su verde oración en trinos.
Hay escarcha en la vereda
bajo un cielo puro y límpido
que estuvo toda la noche
tiritando, sin abrigo.
El chaparral va cediendo
ya sus sombras a un garrido
sol poderoso que viste
sus galones amarillos.
Sol que irrumpe por oriente
y que triunfa en su litigio

con la interminable noche
y sus negros artificios.
Apenas amaneciendo
en el cerro del Fresnillo,
Juan Fernández, el porquero,
penetraba en el aprisco
donde estaba guarecida
la piara de cochinos.
De aquellos escoge cuatro,
hermosos, grandes, retintos,
con su vara los azuza
y les señala el camino;
le ayudan dos mozos jóvenes
que aprendían el oficio.
Ya suben por la vereda
sabiamente conducidos,
cumplida la montanera
y endoblados más de cinco
arrobas, que suman quince,
cada uno de los bichos,
después de pastar bellotas
de alcornoques y quejigos.
En el corral de la casa
cada cosa está en su sitio:
la mesa de la matanza
bien calzada entre los chinos,
la caldera y las perolas,
las facas y los cuchillos,

la mesa y cuatro camales,
la picadora, el dornillo.
Están Pedro, el matarife,
y su mujer y su hijo,
el dueño está de la hacienda,
muchachas y un señorito,
dicen que veterinario,
bien plantado y bien vestido
que a la inspección de la carne
desde Cortes ha acudido.
Atados piernas y brazos
el degüello es el inicio,
la sangre brota a raudales
como fuente, y los gruñidos
del pobre animal se esparcen
terribles y doloridos.
¡Qué cruel escena esta muerte!
¡Qué horrendo dolor herido
de animales engordados
y en el morir tan sumisos!
Poco a poco van cesando
los estertores, gemidos
se van tornando sus voces
y se apagan sus latidos.
Los ojos del animal
en oscuridad ahítos,
los miembros sin energía,
y sus pulmones vacíos.

Ya se organiza el trabajo
tantas veces repetido:
pelar con el agua hervida,
colgar, sacar menudillo
(las tripas se lavan bien
en la fuente del Chorrillo,
vinagre y naranjas agrias,
y se salan). El tocino
se sala también, se saca
el espinazo con tino,
separado de la cinta
del lomo, que es exquisito.
Se hace igual con las costillas
y la cabeza. El chorizo
con carne de las paletas
y se adereza; su aliño
muy especiado, y se seca
en las tripas recogido
y colgado de unas cañas
que penden del cobertizo.
Igual con el salchichón,
salpimentado y rollizo,
en velas bien compactadas
y apretadas con los hilos.
Las morcillas con la sangre,
grasa del vientre, comino
y otros muchos aderezos
mezclados en el lebrillo;

la masa pasa a las tripas
que se hierven, y ya en frío
se cuelgan. Los chicharrones
con las mantecas, sofritos,
se guardan en los porrones
o en grandes tarros de vidrio.
La carne que se cogiera
del lomo y el solomillo
suele enterrarse en manteca,
previa salmuera: unos litros
de vinagre con orégano,
ajos, ñora, sal, cominos,
donde la carne reposa.
Con los tasajos más chicos
se conforman las zurrapas
y con grasa, un artificio
que pretende aprovechar
hasta lo más reducido.
Y luego los trozos grandes
de igual manera, metidos
en manteca blanca o roja,
según queramos curtirlos.
Las piernas, para jamón,
que es el manjar más divino
que sale de este animal,
y el máspreciado y más rico.
Con esta organización
de trabajo tan prolijo

la matanza se resuelve
en dos jornadas. Sabido
es por todos que un festín
es colofón a este rito.
Se trata de “la asadura”,
almuerzo bien recibido
no sólo por los presentes
que el trabajo han conducido,
sino también por parientes,
la autoridad, los amigos,
pues jornada es de alegría
por los dones recibidos.
La receta a una mujer
solicité, y esto dijo:

*– Bien picada la asadura,
con la manteca haz un frito,
añade ajo y laurel,
pimiento rojo molido
y completa este yantar
con un buen chorro de vino.
Hiérvelo todo, reduce
y se ha completado el guiso.
Corta pan de leña y sirve
en perol; es requisito
obsequiar con un buen mosto
y olivas de un manzanillo.*

Tras el almuerzo, los hombres
y las mujeres su oficio
prosiguen, por acabar
todo el trabajo previsto.
El patrón de la matanza
observa que está cumplido,
que repleta está su cámara
y el soberado nutrido:
gracias a Dios su familia
y su hogar están provistos.
Por la ventana contempla
las dehesas y cortijos,
hogar de las montaneras
donde habitaba el porcino.
Y ve el vallado de piedra,
la cabaña y el chamizo,
los bebederos, las charcas,
los cucharros de bornizo
para el recebo si el año
parco en bellotas ha sido.
El buen hombre reflexiona
que animal tan desvalido
sea el pan de su familia,
que su casa se ha surtido
sin despreciar ningún miembro,
de la pezuña al colmillo.
Y recuerda como el guarro
creciera en su paraíso

osando bajo las ramas
de los chaparros altivos,
en noches de bruma incierta
y en días en sol cautivos.
Allí transcurrió su vida
pero al fin un cruel destino
le esperaba, entre la sangre
y los terribles bramidos,
luchando por coger aire
según le dicta su instinto.
Y al fin, muerto y despiezado,
se consumó el sacrificio
del animal, por dar vida
y sustento al campesino.







María, la malmaridada

En algún lugar de la Serranía. Hace más de un siglo

*Ya cantan los gallos,
amor mío, vete:
cata, que amanece.
Vete, alma mía,
más tarde no esperes,
no descubra el día
los nuestros placeres.
Cata, que los gallos,
según parece,
dicen que amanece.*

(ANÓNIMO. *Cancionero español*)

I

Desde el balcón, los geranios
por la reja se derraman;
los cristales, con visillos
que manos blancas bordaran.
Los cristales siempre ocultan
las maliciosas miradas,
los amores escondidos,
y los suspiros del alma.
Allí se esconde María,
tras los muros de su casa,
cocinar, limpiar, coser,
las tardes y las mañanas.
La escalera y el umbral
apenas sus pies traspasan;
le está prohibida la calle,
la salida está vedada
siempre, que sólo el domingo
a misa va con su hermana
sin apenas entablar
conversación o palabra.
Presurosa vuelve andando,
pues si acaso se retrasa
le esperan duros reproches,
reproches en voz airada.
María no tiene hijos
icómo tenerlos si esclava

ha sido, no compañera,
y en el fondo de su entraña
secos están los deseos
por vivir tan apartada!
Nunca conoció el amor,
que su boda fue pactada:
había que unir propiedades
pues su familia pasaba
por momentos delicados
y debió de ser casada
con un hombre ya mayor
a quien ni conoce, ni ama.
Su marido es un extraño
que casi nunca le habla,
siempre en el campo de día,
y al volver a su morada
se arregla por visitar
el café que está en La Plaza.
A veces llega muy tarde
y entonces, sin mediar nada,
se desahoga gritando,
y María muy asustada
se encierra en su dormitorio
y llora desconsolada.
Algún tiempo queda sola,
pues una vez por semana
su marido viaja a Ronda
a sus negocios, y es fama

que organiza francachelas
y que frecuenta las cartas.
María lo espera. Inocente,
prefiere no saber nada,
haciendo punto y contando
las horas con las campanas.
María, tras el balcón
pasa la vida, encerrada,
mirando tras los visillos:
las noches y las mañanas
desfilan sin detenerse
como en los ríos el agua.
Grisas horas, negras noches
oyendo las campanadas.

II

Una mañana de junio
en luces muy bien plantada
llamó el cartero diciendo
que había llegado una carta.
Con extrañeza, María
abrió el sobre, y en la blanca
cuartilla trémulas letras
este texto reseñaban:

*Sé de tus penas y agravios,
de tu vida desgraciada,*

*de tu belleza marchita,
de tus ansias despechadas.
Sé que un continuo maltrato
padeces de esa alimaña
que dice ser tu marido,
que te desprecia y engaña.
Yo soy un hombre que siempre
te quise en silencio. Amarga
es mi existencia por verte
tan bella, en vida enterrada.
Tú me conoces, yo iba
a tu cortijo y llevaba
grano de siembra y aceite
que tu padre me compraba.
Y allí pude conocerte
y allí de ti me prendara,
imaldito el aciago día
que con él te malcasaran!
No sé si tendrás valor,
que remedio a esta desgracia
te propongo. Tu marido
está ausente; ven mañana
a la fresneda del río,
donde hay una cabaña
en que guardo mis enseres
de pescar bogas y carpas.
Sabré que aceptas si pones
en tu balcón o ventana*

*una cinta de tu pelo,
y allí estaré yo, sin falta.*

Temblorosa y sorprendida,
María quemó la carta.
Aquel joven... tanto tiempo...,
icómo no lo recordara
si siendo sólo una niña
de su aspecto se prendaba!
¡Cómo no morir de amores
si el día en que la obligaran
a casarse se secaron
sus ojos de tantas lágrimas!
¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?
¡qué locura, qué insensata
idea, qué atrevimiento,
qué deshonor y qué falta!
Aquella tarde María
puso una cinta morada
en su balcón. Y esa noche
de fiebre y frío temblaba.
Al amanecer, vistiose
con lo mejor de sus galas,
unas medias de algodón,
de fina seda una falda,
chaqueta de terciopelo
y de encaje unas enaguas.
Lleva el pelo recogido,

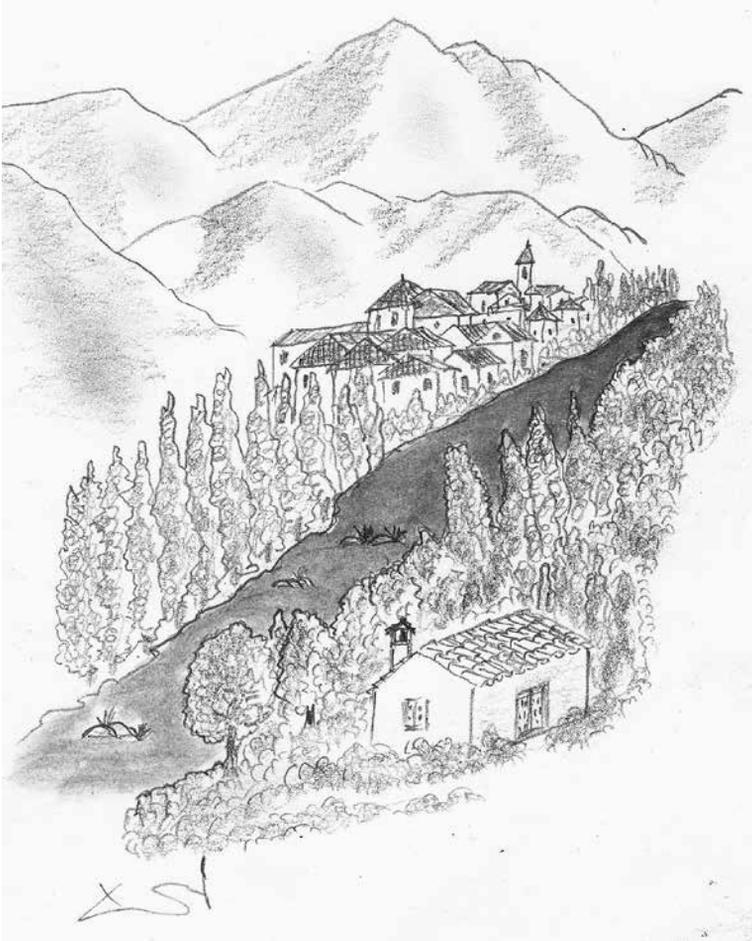
sin maquillaje y sin nada
que alegre sus ojos tristes
y sus mejillas tan pálidas.
No le hace falta pintura;
como una virgen tallada
su rostro es la perfección,
sin defectos y sin mácula.
El río pasaba lento
y en la fresneda trinaba
la sonora algarabía
de las aves en las ramas.
Una brisa azul y verde
la arboleda perfumaba,
y el día, roto en espejos,
el aire mismo incendiaba.
En la cabaña se oían
apenas voces calladas,
y con ellas el susurro
de las telas despojadas,
de impaciencias y suspiros,
de juventud recobrada
entre abrazos encendidos
que muy pronto se colmaban
de pétalos entreabiertos,
de jazmines entre sábanas.
¡Una pasión más ardiente
que las rojas llamaradas!
¡Un amor puro y sincero

que unió sus cuerpos y almas!
Siguieron viéndose. Ambos
sabían que aquella alocada
aventura era imposible
tener secreta y callada.
Y alguien un día cualquiera,
cuando el sol ya despuntaba,
por allí los vio muy juntos
accediendo a la cabaña.
Un gran escándalo hubo
en el pueblo y la comarca.
Burlado quedó el marido;
sin piedad la maltrataba
con voces y con insultos,
y después la repudiaba
y la echó de su vivienda.
María quedó sin nada,
sus padres no la acogieron,
sus amigas la evitaban,
le dan de lado las gentes,
las vecinas murmuraban
a su paso. Sólo el cura,
que conocía su desgracia,
oyéndola en confesión
accediera a perdonarla.

III

Al tiempo dejó su pueblo,
y en una ciudad lejana
dicen que vino a morar,
y que vive acompañada
de un joven honesto y pobre
sin otra hacienda o soldada
que no fuera el duro oficio
que sus manos procuraban.
María tiene un balcón
con geranios y con calas,
desde donde ve la mar
y las montañas lejanas.
Es un balcón sin visillos
por donde la luz entraba,
luz azul, aire celeste
que movía y ondulaba
una cinta que en la reja,
con un lazo bien atada,
mostraba al mundo, feliz,
la hermosa malmaridada.







La leyenda de la rosa

A Pedro Sierra de Cózar

*Rosa fresca, rosa fresca,
tan garrida y con amor,
cuando vos tuve en mis brazos
no vos supe servir, no...*

(Rosa fresca. ANÓNIMO. *Romancero*)

I

¡Altos riscos de la Sierra,
retamas en grises ondas,
pardas encinas, aulagas,
majoletos y coscojas!
¡Viento gris de las calizas!
¡Brisa en las nubes que aloja
el cielo con incesantes
espejos de luces cósmicas!
Debajo de los cantiles
Benadalid, como ropa
recién lavada, extendida
entre zarzas y amapolas.
Preside un viejo castillo,
dicen que de estirpe mora,
donde se gestó el amor
que escenifica esta crónica.
Al frente, las blancas sierras
de albas nieves que en la aurora
destilan flujos rosados
en las cumbres divisorias.
A sur la Sierra Bermeja
de piel salvaje y rocosa,
de pinares entre nubes,
de entraña púrpura y roja.
Viejos olivos al norte,
almendros en Triunfadora,

en Matachal los castaños
con sus opulentas sombras,
cuyo horizonte hacia el sur
se perfila entre las lomas.
Sabed que en este lugar
desde hace tiempo se trovan
los amores desgraciados
de dos jóvenes. Hermosa
es la leyenda que os narro,
la Leyenda de la Rosa.

II

Un joven moro y humilde
a una cristiana enamora.
Sin meditar, los muchachos
se prometen (es notoria
la locura de ese amor
de imposible trayectoria,
en tiempos de intolerancia
y muy escasa concordia).
Juráronse amor eterno,
y despreciando las normas
que impiden sus relaciones
se amaban en la boscosa
ladera de Benamaya.
Allí encuentran una choza
donde, alejado del mundo,

un anciano vive y ora.
Su alimento está en el bosque
y apenas si viste ropa,
pero sus ojos profundos
bondad vierten y atesoran.
Apiadado de los jóvenes,
el sabio los reconforta
con este extraño consejo:

*–Debéis buscar en la umbrosa
arboleda un elixir
que proviene de una rosa.
Ese néctar los amantes
se beben, y entonces logran
morir de amor sin sufrir,
y sin merma de su honra
quedan unidos por siempre
en la tierra y en la gloria.*

Debajo de los ramajes
de un moral vieron la rosa.
Era encarnada, una dríade
sagrada, como una diosa.
Bajo el sueño de sus pétalos
la flor brillaba en su forma
perfecta, que culminaba
como un cristal su corola,
abierta al blanco rocío

que allí dejara sus gotas.
El muchacho la cortó
y bebió de aquella copa,
ofreciéndole a su amada
agua tan embriagadora.
Los ojos ya se les nublan,
la razón se les trastorna,
los brazos entumecidos,
y una inmensa paz desborda
su aliento que, lentamente,
se extingue y los abandona.
Al día siguiente un labriego
los halló bajo la fronda.
Cogidas están sus manos,
unidas están sus bocas.
Aún hay luz en sus ojos,
de cuyas pupilas lloran
algunas lágrimas tiernas
sobre el pastizal que alfombra
aquella honorable tierra.
El joven moro y su novia
tienen el rostro sereno,
y una sonrisa les borra
el rictus con que la muerte
los semblantes distorsiona.
Avisados, los vecinos
piadosamente transportan
a aquellos dos inocentes

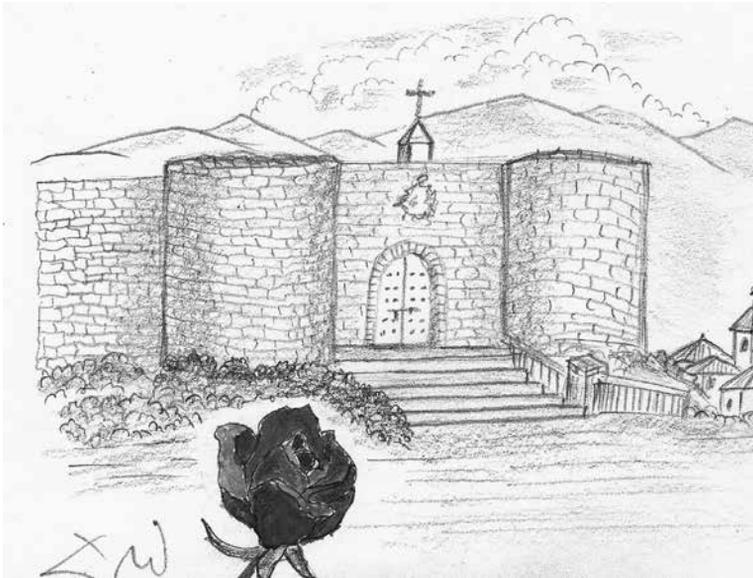
hasta el castillo. Una orla
de flores disponen: nardos,
hortensias, lirios, begonias
jazmines y galafrancias,
y como humildes coronas
un ramo de margaritas
con que los prados se adornan.
Y allí fueron enterrados,
entre lágrimas piadosas
de los suyos, sin dulzainas,
sin inciensos y sin pompa.
Al pie de la fortaleza,
donde el adarve corona
las dos torres, ya sus cuerpos
son leyenda, son memoria.
¡Malhayan injustas leyes
que tal estrago ocasionan!

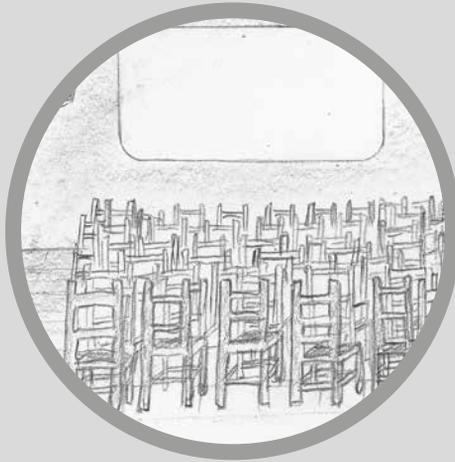
III

Se dice que, al poco tiempo,
justo al lado de la losa
donde descansan, nacieron
rosales con flores rojas.
De los hermosos plantones,
los visitantes que ahora
se acercan hasta la tumba
descubrirán que rebrotan

las yemas en los rosales,
con flores puras, copiosas,
con su divino elixir
y la esencia misteriosa
que sublimó el gran amor
que nos relata esta historia.
Nunca enero las marchita.
Ni la lluvia caudalosa,
ni la calor agosteña,
ni la nevisca heladora
destruirán tanta belleza,
pues son testigos que imploran
una oración por los jóvenes
y porque Dios los acoja.







El hombre del cine

A Fran

*Que baja como la nieve
el agua del Avellano,
cristalina y con anises,
fresquita, no hay quien la pruebe
el agua del Avellano.*

(CANCIÓN POPULAR ANDALUZA)

El tío del cine ha venido,
ya baja la Cruz del Campo
con sus rollos y su máquina
en un mulo aparejado.
Viste un traje que no tiene
un color determinado,
camisa en un tiempo blanca
con cuello deshilachado,
con los puños renegridos,
y zapatillas de esparto.
Ya está en la Plaza. Descarga
sus misteriosos cacharros,
unas cajas plateadas
donde soportes metálicos
contienen los cuatro rollos,
un No-Do y tres entreactos.
También descarga una máquina
que ha pasado por cien manos,
una venerable Kodak,
achacosa cual anciano,
con sus cri-cri-cri-cri-cri,
los fotogramas pasando.
Ya coloca los afiches
en las rejillas, van sonando
en los roncros altavoces
las coplas. Le han preguntado
las mocitas: *—¿qué película
nos echarás este sábado?*

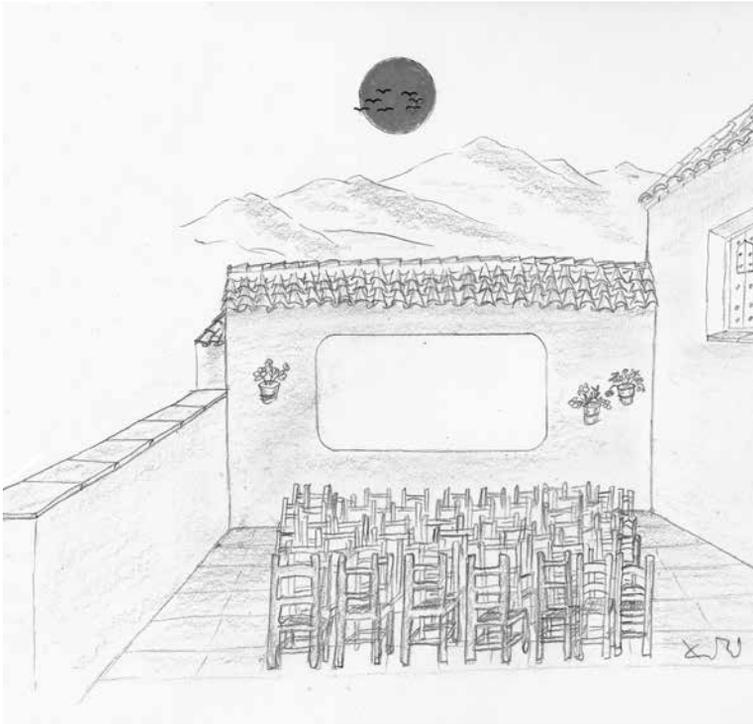
*–Vengo con una sorpresa,
niña, ¿sabes lo que traigo?
iel Cristo de los Faroles!
y un No-Do como regalo.
Verás a Antonio Molina
cantar mejor que los pájaros.
Un tarambana pillastre,
mujeriego y casquivano,
al que la fama cegó
y el dinero causó estragos.
Y no sigo el argumento
por no romper el encanto...
¡Venid a ver la película!
Venid todos hasta el Patio
de Francisco, en calle Alta
con vuestra silla en los brazos.*

Cuando la noche bebía
en las tardes del verano
agua de los manantiales
o del arroyo cercano,
y la brisa se acunaba
sobre los bosques y pastos,
el pueblo sube hasta el cine
y comienza el espectáculo.
Sale el escudo del No-do,
*–chist, chist, silencio, sentaos,
que sale el Generalísimo*

inaugurando un pantano.
Y después el gran Molina,
–¡qué pecho el de este muchacho!,
dice un hombre desde el fondo.
Y una muchacha, *– ¡qué guapo!*
Y otro *–¿a qué hemos venido?*
¿a charlar? ¡queréis callaros!
Y la Kodak impasible,
con su cri-cri murmurando,
ya procesa las imágenes
ante el público embobado.
Alguna mano furtiva
se deslizaba buscando
bajo aquella oscuridad
el misterio de un regazo,
o un beso cálido y corto
en un rincón apartado.
El resto, mirando al frente,
no pierde puntada y, claro,
se alegra de que Molina,
contrito y desengañado,
vuelva con su dulce esposa
de su exilio voluntario.
Con el fin, más de una lágrima
y algún suspiro. Despacio
se van yendo con las sillas
calle arriba o calle abajo.
El patio quedó vacío

y el hombre iba guardando
los rollos en sus carretes
y la máquina engrasando.
Todas aquellas películas
sobre la pared del patio
invisibles y fugaces
para siempre se quedaron,
como si fueran fantasmas
de un caserón embrujado.
Por mucho que pase el tiempo
las imágenes y cuadros
seguirán; los mismos rostros,
vestidos y decorados,
las músicas emotivas,
fundidos, contrapicados,
miradas, besos, auroras,
duelos, batallas, ocasos,
mares de ínsulas verdes,
desiertos, montes nevados,
musicales, bailarines,
humor a raudales, cuando
la comedia es argumento
alegre y disparatado,
negros tonos donde habitan
un policía y un villano,
piratas y caballeros,
espadachines, romanos,
los espacios infinitos

de los indios despojados,
los ranchos y las manadas
de los cow boys solitarios...,
y tantos y tantos géneros
mil veces representados.
Y así el cine nos ofrece
si no un prodigio, un milagro:
pasan los protagonistas,
mas su aspecto queda intacto
como eternos son los mitos
que en ellos se han encarnado.
La noche viste su cóncavo
disfraz apesadumbrado.
Oscuro y trémulo brilla
un alto cielo estrellado.
Robustas cumbres diseñan
sus reflejos apagados
por las sombrías encinas
y los ariscos barrancos.
El pueblo quedó en silencio
y el patio muy solitario.
Se derrama por las calles,
y también por los tejados,
el aura mágica y dulce
del viejo cinematógrafo.





El Ángel del Puente Nuevo

In memoriam

*¿Por qué lloráis mis doncellas?
¿Por qué hacéis tan grande llanto?
No lloréis así, señoras,
que non es para llorarlo.*

(El cerco de Zamora. ANÓNIMO. Romancero)

I

Las rocas son altas nubes
con balcones y con rejas,
donde se asoman los vientos
que en las cumbres se aposentán.

Los palacios y mansiones,
vértigos de cal y piedra,
y en sus patios claras fuentes,
y en sus techos verdes tejas.

Las torres son de ladrillo,
altos cipreses y yedras,
verdes cipreses, sollozos
al lado de las palmeras.

Las calles, hondos suspiros,
silencio en las barredueñas,
en el aljófár las sombras,
en el adarve la pena.

El agua va sollozando
cuando suena una rondeña
con una ronca guitarra
en pesares compañera.

Ya por las calles se escuchan
lamentos y amargas quejas:

*—¿Dónde está el sol, va diciendo,
dónde la luz mañanera!*

*—¿Quién eres tú, por qué buscas
la luz antes que amanezca?*

*–Soy un ángel que ha perdido
sus alas entre la niebla.*

Las altas rocas son miembros
de un animal de otras épocas,
gigantes hombros y espaldas
y monstruosas cabezas.
En el precipicio, el pecho,
y más abajo las piernas
con los pies que lava el río
en charcas de aguas someras.
¡Altos balcones de nubes
con sus puntiagudas rejas!
¡Abismo hendido y profundo
como una herida sangrienta!
¡Agua de bruma y de nieve,
agua de oscuras estrellas!
¡Sobrios palacios que el viento
con las aldabas despierta!

II

El ángel sigue buscando
las alas que ya perdiera.
Desesperado, pregunta
mas nadie le da respuesta.
Perdido va sin sus alas,
perdido y no las encuentra.

Lleva los ojos morados
de tanta lágrima suelta
y las manos ateridas
de toda la noche en vela,
de caminar por las calles
vagando, como alma en pena.
Desesperado, no tiene
consuelo ni quien le ofrezca
alivio que le arrebatase
esa profunda tristeza.
¡Es un ángel que ha perdido
sus alas entre la niebla!

III

Por la Sierra de las Nieves
el sol ya se manifiesta.
Viene naciendo entre gasas
que el frío enero le presta.
Su luz se decanta tenue
sobre la parda meseta
de Ronda y sus pegujales
de trigos y encinas prietas.
La ciudad va despertando,
las luces ya desperezan
el descanso de las gentes
que viven, duermen y sueñan.
El viento acude grisáceo

desde las cumbres y breñas
y posa un hálito triste
en la ciudad y su tierra.
¡Altos balcones de nubes!
¡Alta brisa entre las rejás!
¡Abismo hendido y profundo
con las aguas verdinegras!
Alguien vio que una figura,
desconocida y enteca,
se subía a la baranda
del puente que construyera
hace ya más de dos siglos
el ingeniero Aldehuela.
Y sin mediar un segundo
se arroja al vacío. Vuela
veloz, prendido del céfiro,
sin alas que lo sostengan,
los ojos muy bien cerrados,
la boca muy bien abierta
pues no puede respirar
en caída tan violenta,
tanto, que en unos instantes
llegó al fondo de la grieta.
Sufrió un intenso dolor,
pero muy pronto una inmensa
mansedumbre lo recoge
y por el aire lo lleva
por sendas de estrictas luces

a las albas alamedas,
donde su alma dolorida
por fin descansa y se aquieta.

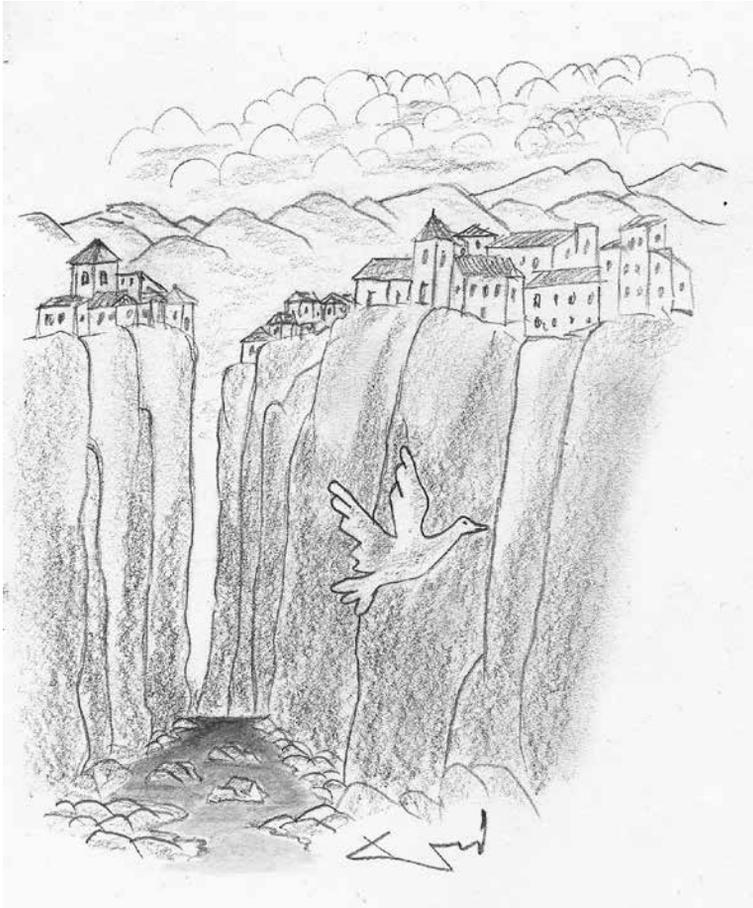
IV

La gente se agolpa y mira
aquella imagen dantesca,
aquel cuerpo destrozado,
cuya sangre ya se mezcla
con las aguas del torrente
que, indiferentes, se alejan.
Alguien preguntó en el puente,

*—¿Sabe alguno la tremenda
razón de tanta desgracia
e irremediable tragedia?
¿Se conoce su familia?
¿no sabe nadie quién era?*

Una mujer que pasaba
y contemplaba la escena,
respondió mirando al cielo
con voz resignada y queda:

*—Era un ángel que perdió
sus alas entre la niebla.*





Muerte de don Alonso de Aguilar

Sierra Bermeja, sitio de Monarda, 18 de marzo de 1501

A Virgilio Martínez Enamorado

*Ay sierra bermeja
por mi mal os vi
quel bien que tenia
en ti lo perdi...
...Mis ojos cegaron
de mucho llorar
quando lo mataron
aquel d'aguilar
no son de callar
los males de ti
quel bien que tenia
todo lo perdi...*

*(Coplas de Sierra Bermeja.
Transcripción de RAFAEL BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO.
Revista de Literatura, n.º 72-73)*

El bosque, como un espectro¹
que de su tumba saliera
alzaba al cielo sus copas,
perfiles y trazas negras,
al viento de los pinares
que silba en la noche yerta.
La cumbre del Canalizo
está cubierta de niebla.
¡La cumbre del Canalizo,
altas brumas, roja tierra,
impenetrables caminos
y vertientes pinariegas!
La noche expele su aliento
sobre las lomas enhiestas,
donde los moros su campo
disponen, y su defensa.
Desde allí, muy pertrechados,

¹ En el mes de marzo de 1501, las milicias al mando de don Alonso de Aguilar, alcaide de Antequera, se dirigieron desde Ronda hacia la Sierra del Canalizo, cerca del arroyo de Monarda, a reprimir la rebelión de los mudéjares (moros que permanecieron en su lugar de origen, respetándoseles su religión y modos de vida, bajo jurisdicción real o de la nobleza). Los mudéjares de la Serranía se habían hecho fuertes en las cimas, en el denominado por las crónicas “Calaluz”. Ávida de botín, la indisciplinada tropa cristiana sufrió una emboscada en la que perecieron alrededor de 80 hombres, con don Alonso y el Secretario Real. Don Juan de Silva, conde Cifuentes, quien movido por la prudencia permaneció a retaguardia con los suyos, evitó un descalabro mayor. Fue una victoria para los moros que no tuvo otra consecuencia que una rendición honrosa y sin represalias en este sector de las serranías del Reino de Granada, y la promulgación de nuevas capitulaciones: los moros podrían permanecer en sus lugares de origen, conservando sus propiedades, pero deberían convertirse. En caso contrario tendrían que marchar allende. En el romance, los hechos siguen fielmente la historia, según las crónicas y las recientes investigaciones. Sin embargo, el personaje del caído mudéjar es pura leyenda.

a los cristianos acechan.
Hay mujeres y hay ancianos,
y niños, que todos piensan
que allí quedarían a salvo
de la zafia soldadesca.
¡Son gentes desesperadas
que se han echado a la sierra,
temerosas de perder
su tradición y su hacienda!
El campamento cristiano
está en Monarda, muy cerca
de la alcaria de ese nombre.
Allí levantan sus tiendas,
justo al lado del arroyo
que ese pago privilegia.
Las mesnadas son milicias
de Andalucía; las gobierna
don Alonso de Aguilar,
que es Alcaide de Antequera,
con el conde de Cifuentes,
y también el conde Ureña.
Deseosos de botín,
aquellos hombres de guerra
presentan indisciplina
y una gran desobediencia.
Del campamento cristiano,
sin aviso y por sorpresa,
algunos soldados suben

sin el orden ni maneras
que exigen las ordenanzas
que regulan las contiendas.
La noche es una alimaña
con las garras descubiertas,
mas los hombres, sin temor,
a oscuras suben la cuesta.

*–¡Teneos, señores, teneos,
que es noche opaca y siniestra!
Los moros van emboscados,
no menospreciéis sus fuerzas.*

Esto decía don Alonso
de Aguilar, mas no se arredran.
Viendo que no obedecían,
los capitanes se aprestan
con el Secretario Real,
que la subida encabeza:

*–Teneos, señores, despacio,
que no os turbe la impaciencia,
que no hay botín en las cumbres
que nuestra muerte merezca.*

Los moros, con grandes gritos,
se aprestan a la pelea,
gruesos troncos ya rodaban

por las salvajes laderas,
arrastrando tras de sí
soldados, peones, bestias,
celadas, escudos, yelmos,
lanzas, picas y ballestas,
y desde el monte granizan
enormes rocas y piedras.
Con gran estrago y desorden
los soldados se despeñan
hacia el fondo de Monarda
sin que nada los detenga.
Apenas algunos hombres
al Canalizo subieran:
copados están, los moros
con saña los saetean,
hasta que no queda ni uno
que derecho se tuviera.
Por si no hubiera bastante
daño, también sucediera
que un barril lleno de pólvora
explotara con violencia,
muchos cuerpos se rompieron
y muchas almas revientan.
¡Agua virgen del torrente
que ahora te vuelves bermeja,
de tanto dolor y muerte,
de tanta carne sangrienta!
Allí cayó don Alonso,

en medio de la floresta.
Fracturadas las costillas
y una herida en la cabeza,
apenas puede moverse
pues rotas están sus piernas.
Con la voz quebrada llama,
pide ayuda al conde Ureña,
mas éste ha huido y se esconde,
y auxilio no se le presta:

*–Socorredme, confesión,
que la Parca ya me cerca...
¡Malhayan las ambiciones
de esta torpe soldadesca!*

Con ojos de muerte ve
como los moros se acercan.
Al frente, un joven caíd,
con toda su gente llega.
Cuando alcanza a don Alonso
le habla con delicadeza:

*–No cumplisteis lo pactado
y agravio nos dais, a espera
de que fuésemos cristianos
y abandonásemos nuestra
religión, vida y costumbres
en decisión deshonestas.*

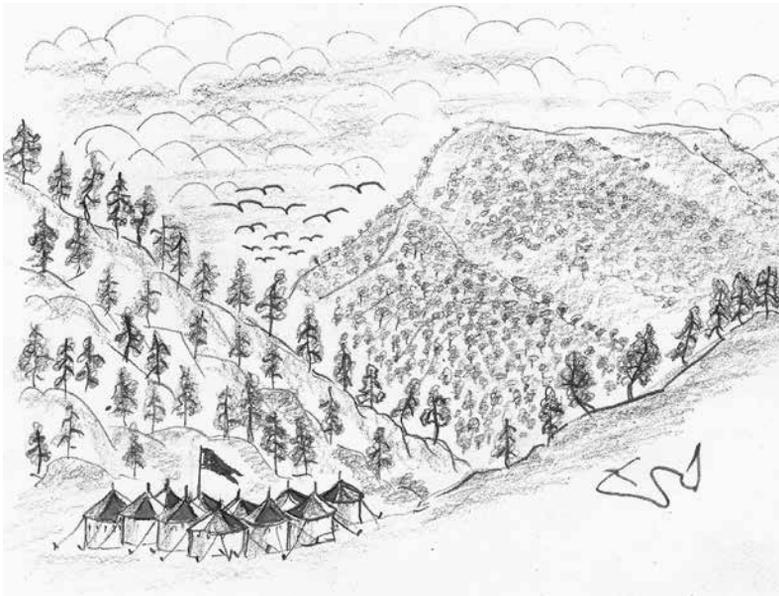
*¿Cómo olvidar nuestras leyes?
¿cómo permitir que muera
la tradición que, de niños,
en nuestras casas gobierna?
Don Alonso, don Alonso,
sé que atesoráis nobleza,
que comandáis esta tropa
porque debéis obediencia,
que en vuestro ánimo estaba
evitar esta tragedia.
¡Que Dios Misericordioso
nos ayude y nos proteja!*

*—¿Quién eres tú, noble moro,
que has logrado esta proeza,
y con medios tan escasos
abatirnos con gran pérdida?*

*—Sé que estáis muy malherido,
y antes que el destino os muera,
si vos os llamáis Alonso
y Alcaide sois de Antequera,
sabed que todos me nombran
el Fehri de Benestépar.*

Murió don Alonso en paz.
Como el caído dispusiera
su cuerpo fue embalsamado,

y luego se devolviera
sin mancilla y con honor,
con sus armas y sin merma.
Sabemos a que a su mujer,
doña Isabel escribiera
una carta dolorida
por tan desgraciada pérdida.
Con don Alonso murieron
milicias cerca de ochenta,
caballeros andaluces
de diversa procedencia,
y Ramírez de Madrid,
secretario de la Reina.
Misas solemnes y rezos
pagáronse en las exequias.
En luto quedó Castilla
y en paz quedose la Sierra,
que el propio rey don Fernando
tomó cartas con presteza:
algunos moros siguieron,
convertidos, en sus tierras,
otros, siendo musulmanes,
allende la mar serena
se fuesen con su caudillo,
el Fehri de Benestépar.





Ronda

A Antonio Garrido

*Ruge el tiempo indeciso. Lo alimentan
sueños de aurora, ocasos,
sueños de nuevo ante la noche en vela.
Se va durmiendo el mar de corazones
que llamaban al mío. Dondequiera
ojos como mis ojos mirarán a esta hora
la lenta aparición de las estrellas.*

(DIONISIO RIDRUEJO. *Paseo en la tarde*)

Ronda gobierna en su trono
como velada princesa,
acrópolis de la brisa
que en la roca se sustenta.
La roca, humilde palacio
de austeridad manifiesta,
blanca al alba si amanece,
en el ocaso bermeja,
y cautiva de la sombra
en noches de luna nueva.
Alta en el vuelo de encinas
con que el viento la corteja,
el agua la circunscribe
y en hondo abismo la quiebra
por ser dos ciudades. Una
fue romana y agarena,
con adarves, ajimeces,
alminares y medersas,
y albacara y arrabales
tras poderosas almenas.
Al Madinat Husun Runda
la llamaron. Tan certera
fuese aquella descripción,
que la gente lugareña
 nombra “Ciudad” a este espacio
y no a la parte moderna.
La otra nació cristiana,
por eso se esconde y reza

en los piadosos cenobios
y en ermitas recoletas.
Se adorna de amplios espacios,
de palacios y de iglesias,
de rectilíneos perfiles
en diafanidad amena,
nutridos de luz serrana
y de ocasos de leyenda.
Tres puentes las unen. Dos
de aquellos tienden su senda
por agrupar la Medina
con su alfoz y las afueras.
El tercero es un milagro,
un coloso, una quimera,
que más que unir, lo que hace
es reinventarse en la piedra,
alzándose poderoso
y en neoclásica apariencia,
liviano en sus líneas, puro
en su perfil y en sus rejas
que son como las adargas
de un apuesto centinela,
culminando en las barandas
su sobria magnificencia
sobre el torrente que hiende,
sobre las aguas que reptan.
¡Qué altura en las rocas alza!
¡qué altos vértigos sustenta!

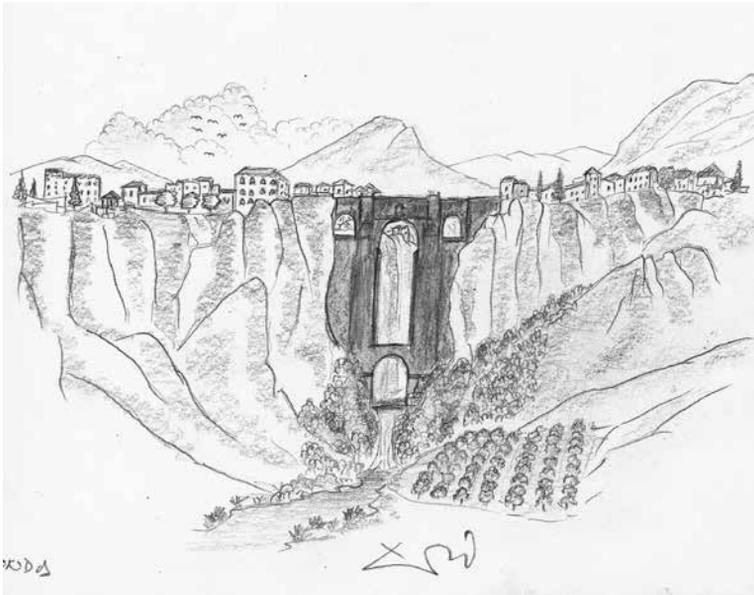
¡qué alta luz vence a la sombra
profunda que abajo medra!
¡qué ventanal a levante
sobre mansiones decrepitas,
verdes jardines, y casas
como albos nidos, que cuelgan
sobre el bravo acantilado,
suspendidos en la grieta!
¡Y qué infinitos espacios
hacia Líbar y sus sierras,
grisáceas crines al viento
como un galope de yeguas!
Ronda, palacio en altura,
se abre en ventanas y puertas:
los ojos de los salones
con las forjas entreabiertas,
dejando ver las estancias
que ayer fueron opulencia.
Cóncavas tardes de patios,
de surtidores y albercas,
glaucos jardines de sueño,
jazmín, romero, ajedrea,
rosas soñando imposibles
sueños en noches serenas,
cipreses, lágrimas verdes,
entre arrayanes y adelfas.
Calles y casas, quietud,
muros que escalan las hiedras,

arrogantes alminares
de mucines y ascetas,
hoy campaniles que tañen
de Maitines a Completas.
Aquellos atardeceres...
transidas nubes, enhiestas,
posadas como palomas
rosadas, malvas, turquesas,
filtrando las llamaradas
del sol sobre las laderas
(Sierras de Mures y Cortes,
del Pinar y Grazalema...),
último alarde de luces,
postrer suspiro en la tierra
hacia su fin, cuando muere
de tanta herida sangrienta.
Entonces surge una calma
entre gris plata y violeta,
se ennegrecen las encinas,
se oscurecen las saucedas,
se difuminan las viñas,
los olivares, las siembras,
y hasta las aguas del río
parecen fluir más lentas.
¡Cuanta brisa ensimismada!
¡Qué luz entre zarca y siena
cuando la tarde se duerme
y las fuentes rumorean!

¡Qué adarves blancos, heridos
por geranios y azaleas!
¡Qué honrada cal, cuánto escudo
labrado sobre las puertas
nobilísimas que adornan
pasajes y barreduelas!
¡Cuánto sigilo y silencio
tras las tapias recoletas
que guardan los capiteles
y columnatas ascéticas!
¡Qué magas noches vertiendo
copioso llanto de estrellas!
¡Qué luna tan bien vestida!
¡Con qué elegancia discreta
se asoma por Los Merinos
con su traje de goyesca...!
Exiliado de estas luces,
fuera de aquí, no se aleja
de mi alma, ni se agosta
tu manantial de belleza:
Ronda de días azules
y de nubes cenicientas,
de breves nieves que cubren
los collados y las crestas,
de lluvias interminables
y gozosas primaveras
cuando el sol hace que estallen
las flores en las dehesas.

Ronda en albas heladoras
y en ocasos de tormenta,
de noches enfebrecidas
tras la calor veraniega.
Ronda, en rocas aguerridas,
Ronda, en tu abismo, tan cerca
de un grácil cielo que habita
tus altivas alamedas.
Ronda, en tu trono de nubes,
leve armiño, verdes sedas,
reinando desde los siglos
del mundo sobre tu tierra...
¡Cuán piedra, blanca y profunda,
alta Ronda de nobleza!







Romance de La Maestranza

*Serranía redonda,
plaza de Ronda.
Y la luz del toreo
mide su onda.*

(GERARDO DIEGO)

Tarde de toros en Ronda,
nunca tan valiente fuera.
Señora, la brisa baja
desde las agrestes sierras,
engalanada en claveles
de sangre roja y violeta.
La brisa es un viento pardo
de encinas que sobrevuela
por un áureo redondel
donde habita la leyenda.
La tarde torna en crisol
celeste, y su impedimenta
es cobre viejo a poniente
con nubes formando grecas.
Si Ronda vive reinando
sobre la luz y la piedra,
si es dueña del alto viento
que pace por las laderas,
si es dos ciudades a un tiempo
salvando abismos, y encierra
tesoros innumerables
tras las murallas decrepitas,
si es puente sobre las nubes,
si es hermosura sin tregua,
aquel joyel se engalana
con la más preciada perla:
la Plaza de la Maestranza,
donde se escribe una épica

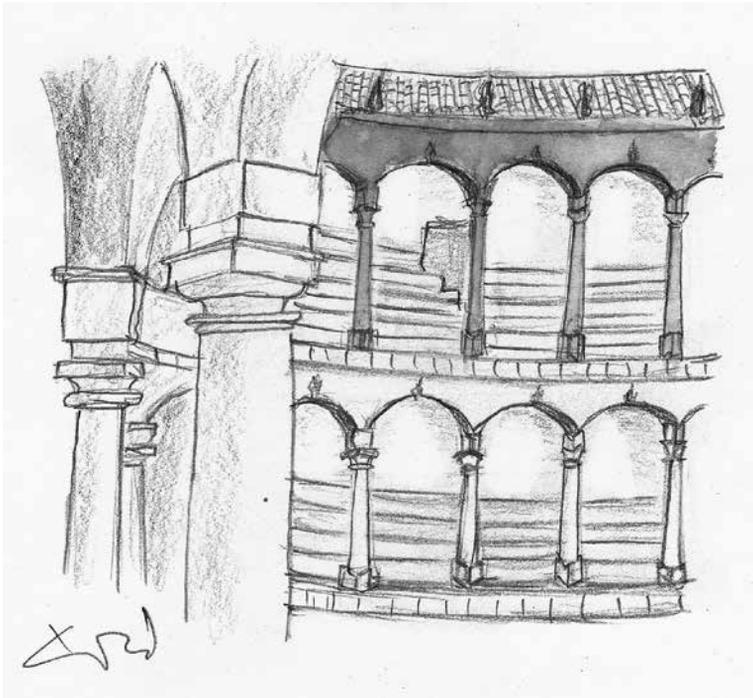
en pergamino redondo,
color amarillo arena,
sobre arcadas y columnas
por que se enmarque la fiesta
del toro bravo y el hombre
en su combate sin tregua.
Esa lucha tan antigua
(desde los tiempos de Grecia)
rememora al minotauro,
a Ariadna, la de Creta,
y la astucia de Teseo
que doblegara la fuerza
en el arduo laberinto
que aquel monstruo construyera.
Hoy se disfraza aquel mito
con un hombre que se enfrenta
con una capa y estoque
a las astas de la fiera,
sin más protección o escudo
que engaño e inteligencia.
Antes se hiciera a caballo,
jinetes con sus espuelas,
que alanceaban en justas
y cañas, en las dehesas,
o en las villas y ciudades
con motivo de las ferias.
Y tuvo que ser aquí,
en la ciudad berroqueña,

hidalga en montes y cielos
y en adustas arboledas,
donde una tarde gallarda
se establecieron las reglas
de enfrentarse con el toro
con la capa y la muleta
a pie, sin más artilugio
que engaño e inteligencia.
Pedro Romero fue el hombre
y la Maestranza la escuela,
las columnas, dioses mudos,
las arquerías, la nobleza,
y los palcos con la gracia
de las mujeres rondeñas.
¡Qué marco más oportuno!
¡Qué vendaval de belleza!
¡Qué balcones más diáfanos!
¡Qué bucráneos y florestas
en guirnaldas de colores
sobre maderos y rejas!
¡Qué violentos amarillos!
¡Qué circular vestimenta
en piedra que se perfila
en desnudez y modestia
por no estorbar la batalla
que se libra en la palestra!
Pasaron las dinastías,
cumplieron las manos diestras,

se asombraron los viajeros,
escribieron los poetas...
Pero aquel anfiteatro,
tinto de sangre y violencia,
es también mudo testigo
de aquella indómita fuerza,
de aquel furor implacable
y la temible fiereza
con que el animal embiste
con su instinto e inocencia.
Y aquel redondel de oro
vio doblar las nobles cuernas
del animal, abatido
tras batalla tan tremenda.
Muere luchando hasta el fin,
en que su soplo se hiela,
y su cuerpo malherido
en roja muerte se anega.
Cuando se apaga la vida
en los ojos de la bestia,
el tiempo se vuelve noche,
la plaza en muerte se espesa,
y un sordo rumor de fiebre,
y un bramido, y grito, y pena,
estirpe brava proclaman
por la tarde y por la Sierra.
No hay mejor anfiteatro
para morir, ni manera

más gloriosa que acabar
bajo esta luz opulenta,
entre estoicas arquerías
y columnas dieciochescas.
¡Que queden en paz los toros
después de una vida plena
de libertad bajo encinas
y en pastizales y estepas!
¡Plaza de toros de Ronda,
la de las luces violentas!
Muerte y sangre en la Maestranza,
bajo los arcos de piedra
y un crepúsculo furioso,
que entre azul y fuego reptaba
por colosales montañas
que hacia el sur se manifiestan,
cabalgando con sus capas
de agrestes pliegues y crestas.
¡Tarde de toros en Ronda,
brisa de encinas y esbeltas
sierras desnudas que anidan
roquedales entre nieblas!
¡Plaza de toros de Ronda,
luna atroz, alta y bermeja!







La canción de la montaña

A Andrés V. Pérez Latorre

*El tronco de ovas vestido
de un álamo verde y blanco,
que entre espadañas y juncos
bañaba el agua del Tajo,
y las puntas de su altura
del ardiente sol los rayos,
en todo el árbol dos vides
entretrejían mil lazos;
y al son de agua y las ramas
hería el céfiro manso
en las plateadas hojas
tronco, punta, vides, árbol.*

(LOPE DE VEGA. *Romances pastoriles*, I)

LAS CUATRO ESTACIONES

I

Vierten lluvias otoñales,
lloran de las nubes, lánguidas,
como livianos cristales
sobre valles y montañas.
El otoño es un milagro,
una paleta que inflama
con sus cálidos colores
las hojas en llamaradas.
Esplende el hondo caldero
de la arboleda dorada,
castaños engastados,
orfebrería delicada,
verdes rotos, amarillos,
cobres, bronces y naranjas.
El chopo es un candelabro
de oro, que monta guardia
sobre el ribazo en que apuesta
su temblorosa elegancia.
Un aura gris y apacible
por los valles se decanta,
y el mundo sueña un ocaso
de luces acrisoladas,
con los infinitos tonos
del zumaque y cornicabra,

del fresno, serbo y espino,
del almez y la azufaifa,
tiernas láminas de fuego,
gloriosa muerte callada,
cálidos, breves metales
de aquella imponente fragua.
Llegan al pasto las hojas
muertas, que antaño brindaban
al cielo sus tenues vuelos
si el viento las acunaba.
Ya se escuchan los arroyos,
las fuentes ya se desangran
y los ríos recuperan
sus dominios, y derraman
sus caudales por la orilla
o braman por las gargantas.
Baja un viento quedo y triste,
acuden brumas cuajadas
de los húmedos Levantes;
cubren su manto las altas
lomas donde los pinares
en los collados se alzan.

II

Invierno llega desnudo
con sus manos despojadas,
con su aliento gris y helado,

con sus luces apagadas
y sus mañanas de lluvia
con nubes plúmbeas, nostálgicas.
Se duerme el campo, desnudas,
sueñan criaturas y plantas,
esplenden los claros cielos,
pastan nubes como albas
ovejas sobre sus prados
azules. Soplan heladas
las brisas de frío Norte
en las noches estrelladas.
Proponen los almendrales
sus constelaciones blancas,
abrumadas con sus flores
que van ahítas de escarcha.
Desciende sobre los pueblos
colgados en las barrancas
la niebla con sus misterios,
persistente, lenta, ingrávida.
Las sierras del norte visten
su tocado y se engalanan
con nieve fresca y fecunda,
una diadema velada
en cuyo ocaso la luz,
por nubarrones filtrada,
rosados haces despliega
del sol, en sutiles ráfagas.
Queda el bosque silencioso

entre la bruma grisácea,
árboles rezando al cielo
con manos entrelazadas,
que recortan indigentes
siluetas, como fantasmas.
El río baja repleto
con aguas verdes y claras,
saltando sobre las piedras
con espumas desatadas,
bajo choperas desnudas
y saucedas saqueadas.
Sólo se escuchan los silbos
del viento en las madrugadas,
o cimbrando con sus dedos
las arboledas bizarras.
Y sólo se escucha el canto
del río por la hondonada,
metal monocorde y puro,
partitura de sus aguas.

III

Primavera es un espejo
con mil cristales que exhalan
efluvios de altos jardines,
con más bellas filigranas,
con más esencias y flores
y más armónicas galas

que los históricos patios
que los hombres diseñaran.
Calienta el sol los barrancos,
rugen tormentas airadas
sobre el gran alcornocal
en las tardes entoldadas,
donde el arco iris pinta
su más prodigiosa lámina:
ni los mejores maestros
conseguirán imitarla.
Venid a este alto jardín,
acudid a esta abundancia,
ved las laderas floridas,
ved las arboledas pardas,
ved los frutales en flor,
la orquídea fugaz y mágica,
más virgen que una vestal,
más bella que una muchacha,
y al majuelo, que ha trocado
espinas por blancas lágrimas.
Tapizan los pastizales
las flores, y las rosáceas
alumbran las espesuras,
pespuntan las ericáceas,
y en las dehesas y prados
las margaritas estallan.
Escuchad los manantiales
copiosos, las arroyadas

impetuosas, y el canto
del jilguero en la alborada.
Bajad a la orilla, allí
las ramas tornasoladas
de los olmos y los fresnos
cuando el aire los traspasa.
Ved al soberbio quejigo
renovarse en esmeraldas,
y, al fin, por los hontanares,
ved como la luna labra
los rododendros que alumbran
el recodo donde encalma
la corriente, y el aliso
bate alegre sus sonajas.

IV

Amanecer del estío:
por levante posa el alba
tenues rayos en las cumbres,
y en la tupida hondonada
ya se disipan las brumas
y los árboles se aclaran.
Se dibujan los taludes,
las lomas se desentrañan,
se alumbran montes y rocas,
todo es azul, y no hay nada
que no quede contagiado

por la luz de la mañana.
El monte sufre abrumado
el poder del sol, que aclama
su voz intensa de luces
que todo cubren y aplastan,
si no es a la fresca umbría
del bosque, bajo la parra
de un patio donde la tarde
es sosiego, y en la calma
de la ribera del río
en sombra verde esbozada.
La tarde se vuelve fuego,
un crisol donde se engastan
los horizontes serranos
perdidos en lontananza.
¡Qué cegadores destellos!
¡qué luz tan violenta y zarca!
¡Qué sonido en los chaparros,
con el Levante a solana
percutiendo entre los troncos,
donde anuncian las cigarras
su hueca cacharrería
sobre las copas más altas!
El aire se torna denso,
cientos de aromas atrapan
al monte, y colman la tarde
con el romero y la aulaga,
almoradux y cantueso,

los mirtos y las cistáceas.
La brisa anida en los pinos
o se posa, ensimismada
con todos esos olores
y prodigiosas fragancias.
La tarde va herida. Lenta,
se bate ya en retirada,
y tras la Sierra de Líbar
se marcha apesadumbrada
con un alarde en celajes
dulces, y ensangrentada
de su duelo con la noche
que le tiende una emboscada.
Y, al fin, por Sierra Bermeja
nace una luna galana
con un espejo de bronce
pulido, amarillo y malva.
Silencio, a no ser el río,
silencio, a no ser un hada,
una dríade del bosque,
una dedalera grana,
una tierna madreSelva,
una náyade sagrada,
un fruto que al pastizal
se precipite, si amaga
el viento suave y sedoso
que por los valles viaja.
La noche viste de negro

con un mantón donde engarza
estrellas breves y azules
cuyos destellos irradian
sobre la tierra que duerme,
sobre los montes que callan,
de un cielo negro azabache
donde están claveteadas.

EL HOMBRE, EL PAISAJE,
LA MEMORIA

De octubre a septiembre el ciclo
transcurre; nacen y pasan
horas, días, meses, años,
que, interminables, señalan
nubes, nieblas, polvo, estrellas
y soles con que acompañan
al campo los esplendores
de la luz mediterránea.
Y así, en paz con las rocas,
con los vientos y las calmas,
con el cielo y el rocío,
con las lluvias desatadas,
con las calores, los fríos,
con las criaturas y el agua,
el hombre su paraíso
recreó, y no ambicionaba
otro afán u otra riqueza

que vivir en consonancia
con su honorable trabajo,
con lo que el campo le daba,
arrancando de aquel suelo
el sustento y la soldada;
pan combatido a una sierra
no por bella tan ingrata,
a donde vino a nacer,
icómo podría abandonarla!
De aquellos días pasados
en tierra tan dura y áspera,
de aquel recio campesino
y mujer tan esforzada,
apenas quedan retazos,
apenas huellas o trazas.
Pero un hermoso paisaje,
y una cultura acendrada
se encarnó en una memoria
que trasciende la añoranza,
desde las frías alturas
a las profundas barrancas:
altos roquedos y tajos,
piornales y retamas,
tomillares y sabinas,
aulagares y lavandas,
enebros de oscuro viento,
adustas encinas bravas,
escobones y brezales,

madroños, lentiscos, jaras.
Robustos, nobles quejigos,
viejos pinsapos de ramas
esculpidas en un sueño
antiguo entre las nevadas.
Van las laderas bermejas
a levante tapizadas
de pinares y de brumas
que por los puertos cabalgan.
Y por la cinta del río,
fulgor verde, bronce o plata,
las saucedas y los chopos,
rojas adelfas y zarzas.
Y sobre aquellos paisajes
de armonía tan delicada,
construyeron sus aldeas
humildes y enjalbegadas,
altos tejados, y hogares
con rejas en las ventanas.
Desbrozaron matorrales,
escalonaron terrazas,
en las orillas molinos
de pan o las almazaras
disponen, y el aparejo
de las azudas y alfagras.
Tornan el monte en dehesa,
o disponen las majadas,
para nutrir su ganado

en montaneras y granjas.
Respetan las arboledas
que hallaron cuando llegaron,
acrecentando con otras
su riqueza y abundancia.
En las laderas esculpen
minúsculos pegujales,
como islas cultivadas:
cerezos que fueron nieve,
hoy púrpura ensortijada,
ciruelos y mandarinos,
membrilleros y granadas,
olivos de brisa antigua,
nogales de sombra alada,
moraledas, naranjales,
higueras en las paratas,
almendrales, y viñedos
de cepas viejas y sabias.
Huertos que inspiran jardines
sembrarán, y cortijadas
de siegas, fuego y fatiga,
con las lunas empedradas
que son las eras de trilla
al caserío cercanas,
donde retozan las mulas
de trigo y veza las parvas.
Si hicieron uso del monte
fue con esparto y con palma,

las colmenas, las caleras,
y con las podas sobradas
el arduo y negro carbón
para el hogar; las brazadas
de leña, las sabias hierbas
que alivian, curan y calman,
y descorchan o realizan
en el pinar entresacas...
Memoria del campo eterno,
de campesinos de raza
y de eficaces mujeres,
duras, fértiles y honradas,
que con rostros atezados
y la sangre de su entraña
sostuvieran a su prole
y a sus hombres ayudaran.
Memoria en sudor de siglos,
memoria que nunca acaba:
la memoria es el paisaje
del hombre en esta montaña.





EL PRESENTE ROMANCERO
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 23 DE ABRIL DE 2015,
DÍA DEL LIBRO



